

RECONSTRUIR

Editorial

Cuba, punto neurálgico

Luce Fabbri

El hambre en la historia

Bosco Nedelcovic

Exceso y control de la natalidad

Pablo Tello

Panorama agrario argentino

Ing. Carlos S. Bianchi

La Televisión

Gastón Level

El Castrocomunismo no puede engañar a nadie

Henri Sée

Antología. Pedro Kropotkin, historiador

Jorge Ballesteros

Notas críticas. Estados Unidos en la guerra fría

C. E. Haller

El amigo olvidado

Agustín Souchy

Las ideas sociales de Augusto Strindberg

Eduardo de Guzmán

Calendario. Noviembre de 1936: Epopeya de Madrid frente al fascismo

21

NOVIEMBRE
DICIEMBRE

A lo largo de una decena de días, comprendidos entre fines de octubre y la primera semana de noviembre, el mundo pareció encarar la tremenda posibilidad del comienzo de la guerra termonuclear. Esta vez el punto neurálgico y presunto *casus belli* no era Berlín, ni Formosa, ni la India, sino una isla estratégicamente situada en nuestro continente. Hacia varios meses que las agencias noticiosas informaban vagamente —con frecuentes rectificaciones, confirmaciones y nuevos desmentidos— sobre la construcción de bases militares soviéticas en Cuba, las que en determinado momento aparecían como inocentes puertos pesqueros; al mismo tiempo se daba cuenta del arribo de cargamentos misteriosos que eran descargados y transportados en medio de la noche, prescindiéndose de los trabajadores normalmente dedicados a esas tareas. Noticias recibidas de fuente directa nos habían confirmado la versión, como hecho absolutamente cierto, de la presencia en territorio cubano, de millares de "técnicos" rusos, checos y de otras nacionalidades, del bloque soviético, los cuales actuaban allí en forma muy similar a la que corresponde a un país militarmente ocupado y político y económicamente colonizado. Mientras los voceros oficiales y oficiosos del castrismo seguían explotando el mito de una revolución popular, humanitaria y socialista, cuyos representantes en ejercicio del poder se habían visto obligados a recibir la "desinteresada" ayuda soviética, en razón de las acechanzas del imperialismo yanqui, ayuda consistente en armas exclusivamente defensivas y en elementos para el desarrollo económico; mientras esos mismos gobernantes "revolucionarios" habían convertido a la gran isla del Caribe en un vasto campo de concentración donde toda divergencia con el gobierno era equivalente a un delito máximo, merecedor de cualquier pena, a semejanza de lo que ocurría en los peores tiempos del stalinismo y del nazismo; mientras pasaba todo esto, que configura la más trágica frustración revolucionaria desarrollada en el continente americano, se estaban instalando en tierra cubana una cantidad de artefactos cada uno de los cuales era capaz de destruir una ciudad populosa situada a millares de kilómetros.

¿Cuáles eran los objetivos que perseguía esa siniestra instalación bélica? ¿Acaso asegurar el triunfo de la revolución cubana, garantizar la independencia del país frente a las amenazas del imperialismo norteamericano, dar al actual gobierno cubano medios defensivos eficaces frente a una eventual invasión? Nada de eso. En diversas oportunidades, Nikita Khrushchev, el sucesor "antistalinista" de Stalin, había amenazado con enviar proyectiles con cargas nucleares sobre ciudades estadounidenses, si el gobierno de Washington llegara a intervenir en Cuba. Para nosotros y para todos los que conocen los métodos retorcidos de la diplomacia y de la propaganda bolchevique, era evidente que tales amenazas no significaban más que una baladronada y un chantage, destinados a intimidar a los desprevenidos y a obtener un fácil éxito de proselitismo entre los ingenuos que aún creen que el gobierno soviético es el campeón de la revolución socialista mundial, dispuesto a jugarse a fondo en defensa de un pequeño país en trance de transformación revolucionaria. Y he aquí que los hombres de Nikita, que ya se habían adueñado práctica y efectivamente, de la dirección política, económica y cultural, vienen a millares para instalar allí esos artefactos de muerte al por mayor, en tanto los cubanos carecen de todo lo que hace a las necesidades humanas, salvo en lo que se refiere a la casta de jefes y privilegiados típicos de los regímenes totalitarios. Los fervientes adeptos de ese régimen, dentro y fuera de Cuba, podían pensar, que ese despliegue de armas ultramortíferas se justificaba en última instancia ante la necesidad de hacer efectivas las represalias que había anunciado el primer ministro de la Unión Soviética, frente al ataque considerado inminente por parte del enemigo imperialista. Sin dejar de negar que hubiera en Cuba tales instalaciones de proyectiles nucleares, los castristas debían sentirse engreídos y orgullosos por el hecho de contar —así lo creían— con armas formidables, capaces de destruir a los odiados capitalistas norteamericanos.

RECONSTRUIR REVISTA LIBERTARIA

Nº 21 — Noviembre-Diciembre de 1962 — Buenos Aires

Pero los hechos que ocurrieron en los primeros días de noviembre, al mismo tiempo que contribuyeron a disipar el ambiente de terror que se insinuaba sobre el mundo con motivo del enfrentamiento de las dos potencias nucleares, pusieron claramente en evidencia que todo fue una tremenda farsa, un truco más en el juego de la guerra fría donde la intimidación y la exhibición de armas terroríficas son los métodos más usuales para obtener ventajas y concesiones. Al instalar sus bases en Cuba, el gobierno ruso no se proponía defender la revolución cubana como tal, sino sólo jaquear a EE.UU. Es probable que esa posición estratégica rusa en el Caribe estuviera destinada a servir como elemento de presión en el conflicto de Berlín, en las disputas sobre zona de influencia en el sudeste asiático o en cualquier otro de los grandes pleitos mundiales que están implicadas las grandes potencias. También pudiera ser que todo ese despliegue ruso tuviera por objeto provocar una situación de extrema tensión como la que hemos vivido durante esos días, con la finalidad de producir luego una espectacular distensión por efecto de una actitud de la Unión Soviética, país amante de la paz por sobre todas las cosas... Sea que haya perseguido fines de intimidación, o de propaganda, lo cierto es que Nikita Khrushchev actuó en Cuba como en territorio ocupado, que procedió dentro de los lineamientos de sus propios planes estratégicos, por encima no solo de la opinión y los intereses del pueblo cubano, sino también por encima de la opinión o de la consulta de los actuales gobernantes de la isla, que prácticamente son sus vasallos. Apenas el espionaje aéreo norteamericano localizó y fotografió las bases de cohetes nucleares y se produjo el bloqueo, con todos los aprestos bélicos que parecían anunciar un choque inevitable, el jefe supremo soviético emitió las declaraciones que se conocen, insinuando primero un trueque de las bases yanquis de Turquía por las bases rusas de Cuba y aceptando luego el desmantelamiento de estas últimas, sin contrapartida aparente, en un acuerdo directo y personal con Kennedy.

No nos interesa dilucidar aquí los motivos políticos y estratégicos que dieron lugar a las maniobras realizadas por los dos bandos estatales en esta emergencia. Tampoco queremos referirnos a las serias repercusiones que esa retirada rusa produjo en el mundo comunista, especialmente en el sector stalinista representado por China y Albania, ni a los misteriosos y largos conciliábulos habidos entre Mikoyan y Castro. Lo que importa destacar, para deducir las consecuencias correspondientes, es la tragedia del pueblo cubano, subyacente en este conflicto entre las grandes potencias imperialistas, la tragedia de una revolución popular, desvirtuada y sofocada por una dictadura totalitaria. Nadie habla en los grandes órganos de prensa del pueblo sacrificado en ese siniestro juego de la lucha por el poder. No se habla de los centenares de miles de trabajadores, campesinos, estudiantes, técnicos, etc., oprimidos, sojuzgados y utilizados como masa de maniobra o como simple pretexto en las peripecias de esa lucha que se lleva a cabo entre fuerzas lejanas y extrañas a la voluntad y a los intereses del pueblo cubano. La revolución que dio en tierra con la dictadura de Batista en enero de 1959, fue cumplida gracias al apoyo fervoroso de esos y aun de otros sectores de la población. Fue una revolución eminentemente popular que no podía limitarse a una simple sustitución de gobernantes, sino que se encaminó en un principio hacia la realización de profundos cambios sociales y a la elevación del nivel de vida de las clases más oprimidas. Durante los primeros meses se tuvo la impresión de que tal sería efectivamente la trayectoria del movimiento y de que las manifestaciones de personalismo autoritario, ya evidente entonces, serían superadas por una acción revolucionaria directa, popular y constructiva. La ausencia del sector bolchevique en la lucha antibatistiana y las reiteradas declaraciones democratizantes y casi libertarias de los líderes rebeldes permitían augurar que la revolución cubana no caería en la trampa totalitaria. Desgraciadamente esto último sucedió efectivamente. Cuba pasó de la dictadura brutal y primitiva del ex sargento Batista a la dictadura totalitaria "moderna" de Fidel Castro, que además de suprimir todas las libertades, de avasallar al movimiento obrero, al universitario y a toda actividad económica, cultural, etc., ha convertido al país en una colonia soviética, con todas las consecuencias. Bajo el pretexto de combatir al imperialismo norteamericano, Cuba se ha entregado inerte al imperialismo bolchevique. Lo que ocurrió ahora fue un dramático episodio en la guerra fría entablado entre ambos bloques imperialistas. La suerte y la voluntad del pueblo cubano no han sido consideradas por ninguno de ellos.

La distensión producida no significa una solución. Cuba sigue siendo un país doblemente ocupado y oprimido. Gravitan sobre su pueblo el peso de una potencia foránea y el de una camarilla totalitaria nacional. Mientras esta situación se mantenga, habrá en América un foco más de agitación bélica y de expansión bolchevique. Sólo en la medida en que el pueblo cubano, contando con la solidaridad de los demás pueblos americanos, logre hacer efectivo el tan invocado principio de autodeterminación, habrán desaparecido el peligro y la amenaza que esa situación entraña.

El hombre en la historia

Por Luce Fabbri

En relación con el tema de un folleto mío de reciente publicación* fueron surgiendo en mí muchas dudas acerca de las premisas generales que en él aparecen como sobreentendidas y me vi obligada a volver a considerar problemas que anteriormente me habían parecido resueltos. Tan confuso se me presentó en cierto momento el punto de partida, que me reduje a pensar por apuntes, para no correr el riesgo de desviarme. Naturalmente esas anotaciones sólo debían servir para mí. Pero ahora, terminado el trabajo, pienso que dudas y tentativas de resolverlas pueden tener interés para otros, aunque para cada uno de nosotros un tema como el de nuestra libertad individual dentro de un devenir colectivo se inscriba en un distinto panorama mental. De todos modos no pretendo exponer aquí un planteo personal de un problema tan debatido, sino simplemente tratar de verlo a la luz de nuestra doble exigencia, socialista y libertaria.

En el análisis que hace Mondolfo de los orígenes de la concepción taumatúrgica de la revolución me encontré con una dificultad. La reivindicación lleva a una propaganda revolucionaria de tipo irracional en que se les atribuyen al hombre y a sus sistemas mentales poderes de realización independientes de la historia, que llevan a una "tábula rasa" y a una renovación total. He aquí un primer peligro de dictadura por utopismo antihistórico (riesgo común a todos los revolucionarios, ejemplificado en Marx por la idea de la "misión" del proletariado que consistiría en la abolición de las clases y, por lo tanto, de la lucha de clases, en la que Marx ve el tejido mismo de la historia. De ahí el salto del reino de la necesidad al de la libertad).

Este peligro de antihistoricismo inherente al espíritu revolucionario me parece muy evidente. En cambio, creo necesario aclarar más otro peligro, que deriva de la tendencia a hacer del hombre y de su voluntad un producto de la historia, tendencia que aparece como el límite del historicismo. Aceptándola se reduce la historia a ciencia y se mecaniza en cierta forma su curso, haciéndolo en mayor o menor medida previsible. Ahora bien: estar de acuerdo con la historia da al revolucionario una seguridad religiosa que, por otro camino lleva al autoritarismo. Para Mondolfo, el historicismo de Marx escapa a este riesgo, pues, al poner al hombre en el centro de la historia como sujeto activo, restablece las condiciones de su libertad.

La falta absoluta de historicismo, al concebir la revolución como omnipotente y totalmente renovadora, tendría, pues las mismas consecuencias que un historicismo extremo, del que Marx saldría con la teoría de "la inversión de la praxis". Pero el marxismo en acto, más o menos deformado, se ve afectado por los dos peligros: en uno y en otro sentido desemboca en el totalitarismo. Esto nos obliga a plantearnos a nuestra vez el problema de la historia.

* "La libertad entre la historia y la utopía", editado por la Unión Socialista Libertaria de Rosario: 1962.

En el movimiento anarquista de fines del siglo pasado se encontraban los dos extremos: la afirmación de la irresponsabilidad del individuo (la responsable era la sociedad) y la creencia en el valor mágico de la revolución, cuya raíz estaba en la rebeldía individual. Estos dos extremos se tocaban en la afirmación de la inutilidad de la educación individual y de la necesidad de cambiar radicalmente la estructura de la sociedad para que ésta influyera a su vez sobre los seres humanos que la integran. Se razonaba como si los revolucionarios no fueran hombres con todas las limitaciones, imposibilidades e irresponsabilidades que se les atribuían a los demás; se razonaba como si los demás no tuvieran la comprensión, la fuerza de iniciativa, la "libertad" íntima frente al ambiente que los revolucionarios se atribuían a sí mismos.

El voluntarismo malatestiano ha eliminado, en el movimiento anarquista, uno de los dos extremos, el ultrahistoricístico; subsiste el otro, el antihistórico, que aísla cada acto dirigido a modificar lo existente y lo considera determinado por una voluntad individual (o una suma de voluntades individuales) sin conexión con el pasado o, mejor dicho, sin ubicación en el tiempo y al servicio de un ideal que es intemporal porque es absoluto. Naturalmente, nadie formularía una teoría de la revolución en estos términos radicales, pero las consecuencias de tal radicalismo sobreentendido se observan en los hechos o aún sólo en las actitudes.

Es evidente que la libertad del hombre frente a su historia es algo así como una tensión entre los dos extremos señalados; y la tensión, el esfuerzo, constituye una variable con puntos máximos y mínimos que alcanzan valores distintos en los distintos individuos. La mayor parte de los malentendidos en este terreno deriva del uso de nombres colectivos: es peligroso decir "la humanidad" o "el hombre", cuando se trata de hombres y las características comunes consideradas admiten un más y un menos. Si hablamos de la voluntad del hombre en la historia, no debemos olvidar que hay tantas voluntades como hombres y que, si es posible agruparlas, no es posible, sin volver a la animalidad, unificarlas. ¿El éxito da entonces la medida de la historicidad? Esto sería desconocer el valor fermental que tiene en la historia la oposición, sin contar que el concepto mismo de "éxito" es sumamente discutible. ¿Fue un éxito para el cristianismo su oficialización por parte de Teodosio? Y, generalizando este caso, ¿es un triunfo para una idea la conquista del poder político por parte de sus sostenedores? Todos recordamos el sentido determinista que se le daba a la palabra "historicismo" en Italia en el período fascista ("antihistórico" había llegado a ser, a pesar de las aclaraciones de Croce, casi sinónimo de "antifascista", pues el antifascista trataba de substraerse a la historia, que, como se sabe desde los tiempos de Machiavelli, es la de los vencedores). En el mismo sentido determinista se interpreta vulgarmente el historicismo marxista, mientras Mondolfo sostiene que éste consiste justamente en la "inversión de la praxis", es decir en la ambivalente relación de interdependencia entre el espíritu humano y la historia.

Esta última posición es indudablemente también la muestra. Pero queda siempre un inquietante problema de límites: ¿en qué medida el historicismo, que sumerge al hombre en el proceso histórico, admite

en él (en cada individuo) una posibilidad de iniciativa que haga de la historia, a la vez que su matriz, su obra?

No tendría sentido reivindicar la libertad política, si nuestra acción estuviera determinada por la historia pasada y el mundo que nos rodea. Lo vio Malatesta, quien hizo del voluntarismo el pivote de su pensamiento.

Hay —en efecto— un doble problema de libertad en la historia: el de las posibilidades de acción de los individuos y de sus variadas agrupaciones frente al poder político y al dogmatismo religioso (que no es más que politización de la religión), y el de la autodeterminación de cada voluntad individual frente al conjunto del proceso histórico que se da en la humanidad globalmente considerada. Los dos sentidos de la palabra libertad están mucho más relacionados de lo que se supone generalmente: Dante los identifica al simbolizar uno y otro en la figura de Catón, en los umbrales de su Purgatorio. Ambos interesan profundamente al pensamiento libertario.

* * *

Mondolfo define así el principio de historicidad: "Historia significa continuidad de desarrollo, vínculo necesario entre los momentos sucesivos, por el cual presente y porvenir dependen del pasado" ("Espíritu revolucionario y conciencia histórica" —Ediciones populares argentinas— Buenos Aires, 1935, p. 13). Ahora bien: ¿qué valor tienen esas dos palabras, **necesario** y **dependen**? ¿Hasta qué punto el historicismo está vinculado a la idea de necesidad o, como dice Heidegger, de **destino**? En último término, ¿se concibe una necesidad no mecanicista? (De lo mecánico no hay ni puede haber historia).

Pier Carlo Masini me objetó una vez que, si negaba la historia como explicación del hombre, tenía que admitir a Dios. ¿Se justifica esta objeción que, desde entonces, no ha dejado de preocuparme, sin llegar a convencerme? El hombre está acostumbrado a contraponerse a la naturaleza como el portador de una chispa de libertad en el reino de la necesidad. Siente la historia como su obra, aunque cada ser humano se halle individualmente desbordado por ella, y la ve como una confluencia de una necesidad: **lo hecho**, va irrevocable, y de una libertad: el hacer. Pero vuelve el problema: ¿hasta qué punto lo hecho determina el hacer?

Los frutos de este hacer son imprevisibles, pero explicables a posteriori, como productos de una lucha de la libertad contra la necesidad y, a la vez, de la racionalidad contra la simple mecanicidad.

Naturalmente sería de todo punto imposible y, además, ocioso, establecer lo que hay de original en una conciencia individual, lo que constituye su **aporte** al proceso de desarrollo de que forma parte (si es que "aporte" no es palabra demasiado exterior para designar una realidad esencialmente interior). Imposible y ocioso sería, pero tal imposibilidad e inutilidad irrita nuestra exigencia de autoconocimiento. Y esta renuncia irritada no es sólo individual, sino colectiva, pues se extiende a la humanidad en cada uno de sus momentos frente a los anteriores: no se puede independizar el pensamiento actual de todo el pensamiento anterior heredado a través de los libros o sedimentado en el

lenguaje, con sus correspondientes gérmenes de futuro, así como no podemos excluir de nuestra posición mental lo que no sea puramente nuestro, el influjo de nuestro interlocutor en el diálogo, de nuestras lecturas, nuestra cultura y todo el tiempo y todo el espacio que nos atraviesan solapadamente. Del mismo modo no podemos separar de cada afirmación la pregunta a la que, según Collingwood, tal afirmación contesta implícita o explícitamente.

Historicismo es reconocimiento de una continuidad, sin fracturas o por encima de las fracturas; en este reconocimiento hay —ya lo vimos—, una garantía de libertad política para todos; en efecto, lo nuevo absoluto no existe, pero quienes se creen sus portadores no pueden triunfar materialmente (y se trata de triunfo meramente material) sino imponiéndose por la fuerza. La defensa de esta continuidad no se puede separar de la defensa revolucionaria de la libre creación. La continuidad, en efecto, no es un imperio del pasado sobre el presente y el porvenir, puesto que el hombre, viviendo en un presente que es incesante actualización del pasado, lo forja y lo vence, no sólo fuera, sino dentro de sí, autoconstruyéndose, creando las líneas del desarrollo a la vez que se sitúa en ellas.

Una vez más, esta libertad en la continuidad, esta posibilidad de revolución a la luz de una visión historicista de la sociedad, se capta mejor, como los fenómenos físicos, en la observación masiva. Es la libertad del Hombre con mayúscula, frente a la naturaleza y concretada en la historia. El hombre puede estar condicionado por lo que hace, pero **hace**. Hay, pues un "momento" de la libertad. ¿Y dónde, sino en los individuos? Volvemos, pues, al mismo punto, al reconocimiento de una realidad difícil de definir, imposible de medir.

A falta de definición, recurrimos a algo que se nos presenta, a primera vista, como una analogía, peligrosa como todas las analogías en terreno especulativo. La libertad general del individuo en la historia parece ser análoga a la particular del artista. El artista está ligado a su tiempo y al pasado a través de lo que hace comunicable su obra, pues sin una carga común de historia en cada palabra o, más genéricamente, en el medio expresivo empleado, sin un mundo común, no habría comunicación; y, sin embargo, cada artista verdadero es uno e irreplicable y lo que hay en él de original, su tono, su atmósfera, su acento enriquece para siempre la historia del hombre. Dicho de otra manera, el individuo es como una palabra. Cada palabra es un producto histórico, pero a la vez lleva una carga humana distinta, enriqueciendo con ella su significado, cada vez que se pronuncia.

Razonar por analogías es peligroso. Pero, pensándolo bien, hay mucho más que analogía entre individuo humano y creación artística, entre individuo humano y palabra. Se trata, en realidad, de una sola respuesta a una sola pregunta, puesto que el hombre se define por la palabra o, más generalmente, por su expresión. Y su obra, su acción, no es para él, sino una forma de expresarse, de concretar fuera de sí, en el mundo de las relaciones, lo que lleva adentro, síntesis original y única de fuerzas que chocan y confluyen en un punto (su punto) de la sutil e infinita red de la historia.

Exceso y control de la natalidad

Por Bosco Nedelcovic

Estamos viviendo en un mundo en plena y borrascosa transformación. Un mundo de inmensas posibilidades, pero cargado a la vez de terribles amenazas y problemas. De la manera que consigamos plantear estos problemas y encarar su solución, depende si hemos de vivir a la larga en un futuro realmente "mejor", o por el contrario, cada vez más abrumado de zozobras y angustias.

Uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo, aunque pocas personas lo reconozcan claramente así, es sin duda alguna el vertiginoso crecimiento de la población humana sobre la tierra. Relegado casi constantemente a segundo plano por las vicisitudes y tensiones más inmediatas de la situación política internacional, de éste en realidad se habla poco y se analiza menos aún, como no sea a través de arias polémicas que por la general se suscitan entre la iglesia católica y alauo que otro Estado que tímidamente intenta aplicar una política de "control de la natalidad"... Muchísimas personas consideran hoy todavía que el problema del aumento demográfico es algo "secundario" y que lo más urgente es resolver los apremiantes desigualdades e injusticias económicas en que se debate el mundo. Son éstas las personas que incluso objetan el control de la natalidad como una medida "inhumana" y "egoísta" que en realidad trata de tapar o postergar la necesaria redistribución de la riqueza, que según ellas es la única solución correcta al problema de la miseria sobre la tierra.

La verdad es que se necesita urgentemente una redistribución de la riqueza material, una reorganización a fondo de las principales instituciones humanas, un cambio fundamental en las estructuras y actitudes que hasta ahora dominan la vida del hombre moderno. Lejos estoy de ignorar estas necesidades fundamentales y cada vez más apremiantes. Sin embargo, y ésta es la falla característica de todos los que critican el control de la natalidad, la "redistribución" por sí sola tiene un alcance limitado para resolver los problemas del mundo. Incluso en una sociedad universal, completamente "justa" y "feliz", pero cuya población se dejara crecer sin límite ni fin, muy pronto volveríamos a encontrarnos con la angustia y la miseria, y tarde o temprano tendríamos que plantearnos el problema tal como es.

Porque el hecho simple, físico e inne-

gable —a pesar de que tantas personas se resisten obstinadamente a aceptarlo— es que todos nuestros recursos, por más que lleguemos a acrecentarlos y multiplicarlos por medio de la ciencia¹, tienen un límite más allá del cual es materialmente imposible obtener sustento para un mayor número de seres. El límite puede ser elástico y alargarse hasta cierto punto; pero su existencia es tan real como la muerte.

¿Cuál es, entonces, la solución o el cambio que debe tomar la humanidad para resolver este problema que bien puede llamarse catastrófico y que le presenta a corto plazo? Pues obviamente, detener este crecimiento absurdo e incontrolado de la población, equilibrando la natalidad y la mortalidad; y para ello, educar tanto a la generación actual como a las venideras, poniendo a su disposición los medios para no concebir más hijos de los que requiera la mera perpetuación de la especie. Es decir, recurrir sin más demora al así dicho "control" de la natalidad, alrededor del cual se han tejido tantos perjuicios y que sigue suscitando tan formidables controversias.

A pesar de que se han escrito miles de páginas sobre este tema hasta la fecha, tengo la impresión de que todavía falta un breve pero completo y sobre todo franco examen de las críticas que se hacen corrientemente en contra de los ideas y métodos propuestos para limitar la natalidad.

LA NATURALEZA DEL PROBLEMA

Muchas personas critican airadamente cualquier propuesta de limitar la natalidad, declarándola "antinatural" y "regresiva" para la vida. En realidad, estas personas dejan de ver que el hombre, por el mero hecho de haber disminuido por métodos artificiales la mortalidad primitiva de su especie, ha ido en cierto modo "contra la naturaleza"; es una simple consecuencia pues que hoy día deba recurrir a otros métodos también artificiales para restablecer el equilibrio natural que él mismo ha roto.

Equilibrio natural: ésa es la clave de la cuestión. Todas las especies vivientes se mantienen, dentro de fluctuaciones normales, en equilibrio cuantitativo. La hembra

¹ Ver en RECONSTRUIR Nº 13 (julio-agosto 1962) El mito de los "recursos ilimitados" de la ciencia y la tecnología, del autor.

de la rana pone millones de huevos en cada temporada, pero enemigos implacables se encargan de aniquilarlos todos, menos unos pocos que alcanzan justamente a perpetuar la especie. Cada nido de pájaro alberga docenas de pichones todos los años... y sin embargo no estamos invadidos de pájaros, porque sus enemigos naturales se encargan de diezmarlos. La hembra del primitivo antropoide también lanzaba al mundo su cría cada año... pero el medio hostil, las enfermedades y el hambre se encargaban de mantener casi estacionaria la población humana hasta hace pocos siglos. La humanidad ha necesitado miles de años para alcanzar los dos mil millones de almas que tenía hace pocas décadas; hoy día sin embargo, bastan otras tantas décadas para duplicar ese número, y menos todavía para triplicarlo.

¿Qué ha sucedido? Obviamente, no es que haya aumentado el índice de natalidad; los seres humanos han seguido multiplicándose al mismo ritmo con que lo han hecho durante siglos. Lo que ha sucedido es que, gracias a los portentosos adelantos de la medicina moderna, ha disminuido en proporción extraordinaria la mortalidad de la especie, hasta el punto de alterar en forma explosiva y al parecer incontenible el cuadro de la población sobre la tierra.

La mortalidad infantil por ejemplo, que antaño alcanzaba el 50 % en niños menores de 7 años, ha sido reducida en grandes regiones del mundo a una fracción de esa cifra. Vastas campañas sanitarias han erradicado virtualmente enfermedades endémicas y plagas que solían diezmar la población de las regiones afectadas. La ciencia lucha tenazmente para dominar una tras otra las enfermedades tradicionales y prolongar la vida útil del hombre. Y así presenciamos la paradoja máxima de nuestro tiempo: los adelantos más nobles alcanzados para salvar vidas, son a la vez los responsables de una de las situaciones más críticas que haya enfrentado la humanidad jamás: la de un aumento ilimitado que ponga en peligro la propia supervivencia a corto plazo.

Salta a la vista que la fecundidad natural del hombre, adecuada para épocas anteriores en que la mortalidad también "natural" se encargaba de ralea sin piedad su especie, ya no tiene justificativo en la época presente, en que la higiene y la medicina moderna —amén de la conciencia ética de la condición del hombre— procuran asegurar la supervivencia de cada individuo que nace. Es esta misma medicina la que hoy día puede darnos la clave para regular inteligentemente la fecundidad y adaptarla a las necesidades y posibilidades del mundo en que vivimos; para permitir la

consumación feliz del amor entre el hombre y la mujer, objetivo sublime de la vida, sin obligarlos fatalmente a engendrar más hijos de los que ese mismo amor les reclama —es decir, no más de los que requiere la perpetuación de la especie; y para que podamos dedicarnos de este modo, consciente y deliberadamente, a mejorar la "calidad" del género humano, en vez de seguir aumentando sin fin alguna la "cantidad".

LA MAGNITUD DEL PROBLEMA

Una de las paradojas más lamentables e imperdonables de nuestro tiempo es probablemente la falta de información adecuada de la que sufre una inmensa parte de la población, incluso en los países más adelantados. Digo "paradoja", pues a pesar de de los portentosos medios de comunicación y difusión del pensamiento con que cuenta nuestra época, todavía asistimos al cuadro de grandes masas que saben leer y escribir, pero poco o nada conocen del mundo en que viven, pues nadie se ha preocupado de darles una clara idea de sus realidades, dimensiones, "cifras".

Esta falta de información bien entendida se nota, por excelencia, en las cifras relativas a la población de las distintas partes del mundo y su impresionante crecimiento actual. No es mi propósito reproducir aquí largas estadísticas, sino meramente señalar algunas cifras globales para dar al lector una idea cabal de la realidad demográfica que estamos viviendo y de sus proyecciones. Estamos en el año 1962 y hay en este momento casi tres mil millones de seres humanos sobre la tierra. Estos seres siguen multiplicándose, a ritmos variables según las distintas regiones del globo, pero en forma tal que podemos predecir con relativa seguridad de que —si no sucede algo imprevisto, como una guerra catastrófica o una política enérgica y universal para limitar la procreación— a fines de este siglo habrá en el mundo entre seis y siete mil millones de almas; es decir, que en el breve lapso de **cuarenta años** la población actual se habrá más que **duplicado**. Lo que sucederá después del año 2000, si esa tendencia se mantuviera, escapa a toda imaginación.

Vale la pena de insistir sobre este punto y recalcar que lo que estamos presenciando es un aumento **progresivo** de la población humana. Si el crecimiento "normal" de un grupo cualquiera fuese del 1 % anual (en América latina ese crecimiento es del 2,5 %), una población de 100 millones —por ejemplo— aumentaría cada año en 1 millón de almas. Sin embargo, este mi-

llón se iría sumando y aumentando año tras año, de modo que una población de **mil millones** —manteniendo siempre el mismo ritmo de crecimiento del 1 % anual— aumentaría a razón de **diez millones** todos los años. La verdad es que, según estadísticas fidedignas compiladas por las Naciones Unidas y otros organismos internacionales especializados en la cuestión, la población actual del mundo está aumentando a razón de unos **cuarenta a cincuenta millones** de personas todos los años, y ese ritmo sigue acelerándose. Esa cifra representa pues el **exceso de la natalidad sobre la mortalidad**; ésa es la cantidad de seres "nuevos" que se vuelcan cada año sobre la tierra y que reclaman para sí alimento, vivienda, educación —en una palabra, todas las condiciones elementales para aspirar a una vida que pueda siquiera medianamente llamarse "humana". La pavorosa magnitud de estas cifras, creo, habla con suficiente elocuencia por sí misma.

Esto nos lleva a analizar el segundo aspecto de la cuestión: la posibilidad, o mejor dicho la imposibilidad, de proporcionar a vastas masas de la humanidad un estándar de vida decente a aunque sea medianamente comparable al de los pocos países más adelantados del mundo. Porque la verdad es que no basta solamente "alimentar" a todas las bocas, como ingenuamente insisten los defensores de la "natalidad ilimitada". El hombre, si es que aceptamos su condición de tal, necesita muchas otras cosas al margen del mero sustento físico: necesita ropa, vivienda, educación, esparcimiento, transportes y mil cosas más. Si fuéramos a traducir estas necesidades en cifras concretas —en metros de tejido para vestimenta, en superficie de edificación para viviendas, en número de escuelas y maestros, en tiraje de diarios y libros, en recursos naturales e industriales que se necesitarían para cubrir adecuadamente estas necesidades, para citar sólo algunas— nos daríamos sobrada cuenta de que, aun si la población presente detuviera de golpe su crecimiento y se mantuviera en las cifras actuales, tendríamos que trabajar duramente y esperar decenios antes de mejorar en forma perceptible las condiciones de vida de toda la humanidad. Si a esto agregamos el crecimiento vertiginoso de la población, nos daremos cuenta de que estamos frente a un problema insoluble.

La que pasa es que, paralelamente a la "explosión demográfica" como acertadamente se la ha llamado, o sea el mero aumento cuantitativo de la población humana, nos encontramos también frente a otro tipo de "explosión" no menos peligroso y significativo: la expansión de los apetitos y pretensiones humanas, la justa

exigencia y clamor de millones de seres humanos hoy sumidos en la pobreza y la miseria, por una participación más amplia en los beneficios materiales de la civilización.

LA SOLUCION

La breve exposición que antecede bastará para dar una idea clara de lo que se persigue y lo que ofrece el control de la natalidad. No es que dicho control sea una panacea universal, ni que su aplicación resuelva por sí sola los problemas fundamentales de justicia social, desarrollo de las regiones atrasadas y una vida más plena para toda la humanidad; pero sin ese control, o sea sin el equilibrio indispensable de la población humana, es absurdo pensar en cualquier solución a largo plazo: de hecho, es inútil esperar un futuro mejor.

Antes que nada, dejemos establecido claramente que a pesar del sentido antipático que las palabras "control" y "planeamiento" han adquirido en el mundo moderno, en este caso no implican de ninguna manera una compulsión, una obligación oficial a no concebir más de dos hijos por familia, por ejemplo, a pesar de que ése sería el número ideal para mantener estacionaria la población. La acción de reducir los nacimientos es, por excelencia, una acción inteligente, individual y voluntaria; y lo que se pretende es educar a la gente para que comprenda claramente la situación y limite conscientemente el número de hijos a no más de dos por cada familia.

No debe interpretarse este principio en el sentido literal de que todos los hogares por compulsión deberán tener dos hijos, ni uno más ni uno menos; sino que ese sería el "promedio", al igual que el promedio actual en los Estados Unidos —por ejemplo— es de tres hijos por familia. (Los Estados Unidos se multiplican a razón de veinte millones de personas por década... lo que significa que en el sistema de tres hijos por familia todavía "sobra" uno, que es el responsable de este momento).

Nunca se tratará de disuadir a la gente por la fuerza —sino por la educación— de tener descendencia numerosa, ni se los reducirá a una uniformidad disciplinaria y monótona. Siempre habrá en el mundo familias de uno, dos o tres hijos —unas pocas quizás más, otras tantas ninguno. Lo que se persigue con el control de la natalidad es romper el arcaico prejuicio de la familia numerosa como símbolo de "salud biológica", "felicidad", "progreso" o supremacía de un grupo o nación. En la Italia de Mussolini se fomentaban deliberadamente familias prolíficas con premios y subsidios

—sólo para que el dictador desaparecido pudiera gritar más tarde que Italia estaba superpoblada, que necesitaba "espacio vital", y justificaba por consiguiente la agresión y la conquista... o lo que es más triste aún, el pavoroso cuadro de miseria que esa proliferación ha creado. En la China comunista de hoy, y en una escala mucho más monstruosa todavía, sigue promoviéndose la natalidad —o por lo menos contemplando pasivamente el tremendo aumento de la población amarilla— con los mismos siniestros fines políticos. "Somos más de seiscientos millones", dice Mao. "Todavía sobrarán chinos después de una guerra nuclear". Y en muchos países occidentales, sigue fomentándose la enfermiza glorificación de las "familias prolíficas" de hogares "a la antigua", premian a las madres que hayan dado a luz el mayor número de hijos, apadrinando a los hijos varones, futuros defensores de la patria, estimulando y subsidiando la natalidad por todos los medios... sin reparar que todo ello no sirve sino para aumentar la tremenda miseria en que se debaten esos mismos países, pero que obstinadamente se empeñan en negar u ocultar.

Ese es precisamente el aspecto fundamental que pretende abordar un programa sensato de reducción de nacimientos: invirtiendo la actual tendencia oficial, mostrando la verdadera y penosa realidad eco-

nómica en que vive la mayor parte de la población, y aceptando la conclusión lógica e inevitable de que, para mejorar de veros nuestro nivel de vida, paralelamente a todas las demás medidas de desarrollo económico, tenemos que proceder consciente y voluntariamente a limitar la natalidad a cifras razonables que mantengan en equilibrio la población futura.

Se trata, pues, de abandonar la tonta adoración de la "cantidad" para concentrarnos en cambio cada vez más en la "calidad". Se trata de mostrar y convencer a la gente de que, teniendo menos hijos, podrán brindarles mejor atención y ofrecerles una vida más feliz en un mundo menos cargado de problemas y angustias, más dispuesto a atender los valores verdaderamente humanos, para cultivar los cuales —se supone— hemos de vivir y bregar... Quienes creen que este esfuerzo es utópico, se equivocan; pues todos aquellos que se dan cuenta de que necesitan reducir su natalidad para mejorar sus condiciones de vida, están ansiosos de saber cómo hacerlo. La cuestión se reduce, simplemente, a hablarles con franqueza y claridad y poner a su disposición los medios que se requieren, para que en el curso de pocos años veamos estacionarse e incluso disminuir el número alucinado de seres humanos que hoy día se van sumando sobre el planeta.

Panorama agrario argentino

Por Pablo Tello

La ubicación de nuestro país como desarrollado o subdesarrollado ha provocado controversias entre economistas y planificadores; según sea el criterio a utilizar para su clasificación, podemos ubicarnos en uno u otro sector.

Si se toma como índice de desarrollo el ingreso "per cápita", no pertenecemos a la categoría de los subdesarrollados, aunque estemos lejos de alcanzar el nivel de ingresos de los más desarrollados. Si tomamos en cuenta la estructura ocupacional de la población, podemos atribuirnos la categoría de país desarrollado, pues ella nos ubica entre los países con mayor porcentaje de población económicamente activa afectado al sector de los servicios.

Al utilizar estos dos índices para ubicar al país, notamos que no se ha tenido en cuenta, en el primer caso, la desigualdad de los ingresos en los distintos sectores en que se encuentra dividida la población y, en el segundo, las dos distintas zonas en que se divide realmente el país.

Para tener una idea del porqué decimos que el país está dividido en dos zonas distintas vamos a remitirnos a los datos que nos proporciona el censo nacional del año 1960¹. Indica el censo que 4 jurisdicciones tienen el 65.7 % de la población y que ocupan el 22 % del territorio; estas 4 jurisdicciones son la Capital Federal y las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. Pero, si analizamos con un poco más de profundidad los datos consignados, comprobamos que el 50 % de la población vive en un rectángulo de 600 km. de largo entre las ciudades de La Plata y Santa Fe y no más de 150 km. de ancho, rectángulo que tiene la mayor concentración humana e industrial, la mayor cantidad de caminos, servicios sociales y culturales y las más grandes villas miserias, dejando para el inmenso territorio restante 10 millones de habitantes, es decir, un equivalente del total de habitantes del país en 1925.

Bien podemos considerar el país como dos sectores con diferencias que configuran, en una parte, un país desarrollado con todos los factores necesarios para catalogarlo así y otro donde, salvo pequeñas islas donde pueden encontrarse los elementos indispensables para intentar algún esbozo de desarrollo económico de la comunidad, es un desierto inmenso, sin factores que contribuyan a su progreso.

La distribución de la población económicamente activa, según el estudio de la CEPAL, realizado en 1956, indicaba que su estructura correspondía a la de un país desarrollado, donde la mecanización agraria y la industrialización liberan mano de obra que puede dedicarse a los servicios, tan necesarios para un mejor bienestar social. Lo que no dice el informe es que esa distribución de la población, factor de la distorsión económica que sufre el país, falla también por la distribución geográfica.

El gran conglomerado humano del rectángulo mencionado, actúa como

¹ Censo Nacional de Población: Buenos Aires 1961, páginas 11 y siguientes.

un poderoso imán sobre el resto del país, siendo palpable su influencia económica, política y social, ya que prácticamente decide, sobre todo, en el proceso económico, pues sus requerimientos hacen que absorba la mayor cantidad del ingreso nacional.

En los últimos años todos los esfuerzos se orientan hacia un proceso de industrialización y ello, en lugar de mejorar las condiciones, las empeora, por cuanto agudiza el desequilibrio. El estudio de la CEPAL indica que para el período 1955-1967, el país debía absorber en el sector agropecuario el 96 % del incremento de la población económicamente activa, duplicando el incremento del período 1944-1955, pero hasta el momento, en lugar de aumentar, el porcentaje de población rural disminuye.

Las causas de la disminución de la población rural son múltiples, aunque todas ellas derivan, en última instancia, del régimen de tenencia de tierra.

Cotejemos las condiciones en que se desenvuelve la población en los dos sectores que entendemos se divide el país y lograremos aproximarnos a una explicación del porqué del éxodo rural y de sus consecuencias para la vida económica y social del país.

La zona que consideramos un rectángulo, tiene servicios sanitarios, culturales y sociales, si bien no en la cantidad deseable, a los cuales cualquier habitante, por mala que sea su condición económica, tiene por lo menos posibilidades de utilizar; cerca de donde vive tiene médicos, hospitales, escuelas primarias, secundarias, de capacitación, especializadas, universidades, clubes, centros recreativos, cines, teatros, bibliotecas, campos de deportes, comercios y, en fin, todo lo que contribuye a una mejor forma de vida. Cuenta con medios de transporte y medios de comunicación para trasladarse a su lugar de empleo o en busca de los servicios necesarios rápidamente. En este rectángulo podemos hablar de una vida de relación plena de todos los hombres, que pueden participar, si lo desean, activamente en todos los problemas políticos y sociales que se crean en el país. Pueden ser actores de esos sucesos, así como intentar encauzar con su influencia directa una determinada actividad política; en fin, reciben, sufren y disfrutan de todas las contingencias del devenir político, social y económico.

No ocurre lo mismo con el habitante del resto del país. Sobre todo, el habitante del medio agrario. Su influencia política es relativa, se traduce en la mayoría de los casos en votar, cuando tal posibilidad existe. Los medios de difusión, especialmente la radiofonía, lo mantienen enterado del acontecer diario, creando en él la expectativa pero sin permitirle representar el papel de actor, como puede hacerlo, si quiere, el habitante de la ciudad.

Los servicios sanitarios, culturales, sociales, deportivos y recreativos están lejos de su alcance. Debe vencer leguas de malos caminos para llegar a un centro poblado, para encontrar un médico o un servicio hospitalario, para concurrir a un cinematógrafo, espectáculo deportivo, biblioteca o cualquier otra manifestación cultural. Hay una separación de los hijos del seno familiar, en la edad que más necesaria es su permanencia en el mismo, si se pretende para ellos una educación superior a la primaria, siempre que los medios económicos de la familia

le permitan atender las necesidades de un estudiante en la ciudad. Tal es, a grandes rasgos, el panorama del habitante de nuestro agro.

Agreguemos que la inseguridad del proceso productivo agrario, con las sequías, plagas, inundaciones, malas cosechas, sin organismos que protejan al productor contra estos males, hace que su estabilidad en el medio sea muy precaria y permanentemente incitada su ansiedad de cambiar de situación, y tendremos una idea aproximada de las causas del éxodo rural.

Los factores mencionados, no son los únicos motivos de la despoblación agraria; hay otros de igual o mayor importancia que acentúan aún más esta situación.

El Censo Nacional Agropecuario del año 1960, nos indica, en los datos publicados hasta el momento, que en 10 provincias² hay 193.737 explotaciones agrarias, con un total de 87.524.915 hectáreas; estas explotaciones cuentan con 53.720 tractores, a razón de uno por cada 1.629 Há., aproximadamente, lo que nos indica que están muy lejos de un nivel de mecanización medianamente aceptable.

Las 10 provincias tienen 5.626.808 habitantes, lo que representa el 28 % de la población total del país. La CEPAL consigna en el análisis de la situación económica argentina que el 39 % de la población del país es económicamente activa y que de este porcentaje el 26 % está dedicado a tareas agropecuarias. Este porcentaje nos da entonces para estas 10 provincias 570.500 personas económicamente activas, es decir, menos de 3 personas por explotación, y de una por cada 153 Há., sin medios mecánicos necesarios para una explotación racional y económica de la tierra.

Veamos cómo se distribuyen las 193.737 explotaciones en cuanto a su extensión. El 55,2 % ocupan el 4,8 % de las hectáreas en predios de 5 a 100 Há., el 34,7 % de 100 a 1.000 Há., ocupan el 21 %, el 5,6 % de 1.000 a 2.500 Há. cubren el 17 % y los de más de 2.500 Há., que son el 4,5 % del total, tienen el 57 % de las hectáreas.

De las 87.524.915 Há., solamente están bajo cultivo anual y permanente 6.491.285 y ocupadas con montes 10.545.110; el resto, 70.488.520 Há., están dedicadas a la cría de ganado, con 19.815.150 vacunos, 17.612.352 lanares, 2.344.513 porcinos y 2.618.162 yeguarizos. Como puede apreciarse, poco más de 42 millones de cabezas de ganado para más de 70 millones de Há. Se nos dirá que la calidad de las tierras de estas 10 provincias no admiten un grado de intensidad en la explotación mayor.

Tomemos los datos de la provincia de Santa Fe, una de las que mejores tierras, condiciones climáticas y grado de desarrollo posee y veremos que la situación agraria no difiere en mucho del panorama general. Existen en ella 56.267 explotaciones con 11.353.945 Há., de las que el 5,5 % tienen superficies menores a 5 Há., el 14 % de 5 a 25 Há., el 43 % de 25 a 100, el 25 % de 100 a 200, el 8,2 % de 200 a 400, el 3,8 % de 400 a 1.000, el 1,8 % de 1.000 a 2.500, el 0,7 % de 2.500 a 5.000, el 0,2 % de 5.000 a 10.000 y el 0,1 % más de 10.000 Há.; estas explotaciones tienen, respectivamente, el 0,07 %; 0,1 %;

² Jujuy, Chubut, Santa Fe, San Luis, Entre Ríos, Córdoba, La Pampa, Neuquén, Formosa, Río Negro.

13,4 %; 15 %; 11,2; 11,8; 14,2; 12,2; 6,6 y 14 % del total de Há. Tienen 21.065 tractores: uno por cada 539 Há. El 15,6 % de la tierra está bajo cultivo anual o permanente, el 11 % cubierto con montes y bosques; en las 8.324.325 Há. se tienen 7.704.489 animales. El Censo Nacional de 1960 indica para Santa Fe una población total de 1.865.537 habitantes, de los cuales, de acuerdo a los cálculos de la CEPAL, corresponden al medio rural 189.165 habitantes económicamente activos, 1 persona por cada 60 Há., es decir, poco más que el 10 % del total de la población. Comparemos esta cifra con las de EE. UU. y Alemania Federal, donde corresponde al agro el 17 y 14 % de su población, respectivamente.

Tierra apta para la producción desaprovechada, carencia casi absoluta de los elementos técnicos necesarios, una pésima distribución de la tierra, falta de los servicios más elementales en número y ubicación geográfica aceptables, explican el porqué de la baja producción agraria y el éxodo rural.

Esta situación tiene una expresión plena en el gran desnivel existente en el país en cuanto al ingreso "per cápita", pues siendo éste de 550 dólares para el año 1960 nos encontramos que la estructura agraria, y su productividad tomado como un todo el país, no difiere en mucho con la de otros países latinoamericanos con ingresos de 325, 250 y 175 dólares "per cápita" como tienen Chile, Brasil y Perú, en ese orden.

El "Proyecto Principal de Educación"³, presentado en la reunión de Educación realizada en Chile, a principios de este año, indica como factor de desnivel de ingreso "la gran concentración de la propiedad y su baja productividad" citando en respaldo de esta opinión que "En la Argentina el capital por trabajador agropecuario representa menos de la mitad del promedio de la economía en su totalidad", para el año 1955⁴ fue el 14,7 % del total, necesitando en el período 1955-1967 un 31,5 % de la inversión bruta total.

La evidente necesidad de la recuperación económica del agro ha llevado a los encargados de turno de dirigir la economía del país a buscar soluciones transitorias, cuyo éxito es dudoso. Un ejemplo: la última propuesta de sembrar más, autorizando contratos de arrendamientos por una cosecha o por un año. Cabe preguntarse, ¿quiénes van a sembrar?, ¿qué agricultor tiene los elementos necesarios?, ¿cuál es el agricultor que tiene el capital necesario para adquirir un tractor y demás maquinarias, si para comprar un tractor de 40 H.P. necesita 1.500 fanegas de trigo al precio actual del mercado? En EE. UU. se adquiere con menos de la mitad, en Alemania con un tercio de esa cantidad. ¿Qué propietario latifundista está dispuesto a arrendar sus tierras, o a realizar una explotación de ese tipo si con su producción regulada mantiene un mercado y no arriesga nada?

Los que disfrutan directamente de la situación, hacendados en su mayoría, con grandes extensiones de tierra y poca hacienda para esas extensiones, con bajos costos de producción por el tipo de explotación que realizan, con un mercado seguro, niegan la existencia de los pro-

³ Proyecto principal de Educación, Unesco, A. Latina, Bol. Trimestral N° 13 E. M. 1962, p. 34.

⁴ CEPAL, Cop. IV, pág. 57.

blemas del agro argentino. Son los mismos privilegiados que con altos ingresos no vuelcan un centavo del ahorro en provecho del agro⁵.

La necesidad de una transformación agraria real, no aparente, es imperiosa y previa o por lo menos simultánea con respecto al desarrollo industrial.

Esta transformación no debe ser declamatoria, como ocurre con lo que proponen la mayoría de los partidos políticos en los períodos electorarios, sino real y basada sobre condiciones que posibiliten una recuperación efectiva del agro en todo sentido: económica, social y política.

Las reformas agrarias que se proponen, tienden casi todas a entregar al productor la tierra, herramientas y crédito para que se transforme entonces en un productor eficaz. Piensan que creando colonias con estación experimental, donde pueda estar al día con las técnicas modernas de explotación, es suficiente. Se olvidan que el productor agrario tiene los mismos derechos que el ciudadano, que debe integrarse a la sociedad toda, no en pequeñas islas, que debe ser un hombre que participe activamente en el quehacer social, y no como hasta ahora ocurre que es un espectador más, dedicado pura y exclusivamente a hacer rendir a la tierra el máximo, con los más precarios recursos, sin otro horizonte que el alambrado de su campo.

Los datos más arriba consignados nos indican que la realidad agraria argentina tiene dos sectores bien definidos. Un minifundio, con el 55,2 % de explotaciones de menos de 100 Há. junto a un gran latifundio improductivo con un 57 % de explotaciones con más de 2.500 Há., teniendo un 51,6 % de propietarios y un 48,4 % de arrendatarios, medieros, tamberos, aparceros, etc. Este es el resultado del actual régimen de tenencia de la tierra.

Esto nos indica que la solución debe ser otra, que no consiste en fomentar el minifundio, que la solución no es tampoco la falaz invención de las grandes explotaciones con cuantiosas inversiones de capital⁶.

El pretendido proceso previo de industrialización del país, dando espaldas al sector primario de la economía, tendrá como resultado una mayor distorsión, pues cuando la industrialización del país disponga de los implementos técnicos que necesita el agro, tendrá que fabricar robots

⁵ El informe de CEPAL: *El desarrollo económico de la Argentina* (México, 1959), p. 70 dice: "El coeficiente de ahorro es relativamente satisfactorio en la Argentina y no habría necesidad de incrementarlo en forma sensible para realizar las inversiones brutas... La insuficiencia del ahorro no radica en esto, sino que el escaso crecimiento del producto no permite que el ahorro medio llegue al nivel adecuado a la dimensión de las inversiones necesarias". Por otra parte se calcula que la masa de ahorro necesario para inversiones en el período 1955-1962, de 118.220 millones de pesos de 1950, emigra del país en forma de ahorro de productos argentinos. ¿Cuánto de esto corresponde al agro?

⁶ Los estudios sobre economía agraria y administración rural realizados en Inglaterra, indican que el óptimo rendimiento de las inversiones por hectáreas, está en las explotaciones de 225 há., aproximadamente, debido a la productividad decreciente propia de la explotación agropecuaria. Con esta dimensión se encuentra el equilibrio entre intermediarios, mano de obra, producción y renta de la tierra y capital. No creemos que la situación pueda ser muy diferente en nuestro país. Y no coincide con la pretensión de que las grandes empresas agropecuarias de 5.000 o más hectáreas sea lo óptimo.

para su manejo, pues el agro estará desierto, o poco menos, para ese entonces.

La transformación profunda del agro debe ser el paso inicial para su desarrollo económico equilibrado. Debe ser realizado sobre bases que tengan verdadero sentido social y no con criterio de economista deslumbrado por un mayor ingreso "per cápita" sin tener en cuenta quiénes son los que disfrutan de ese ingreso y quiénes los que aportan el mayor caudal de riqueza sin obtener beneficio alguno.

La función de la tierra en el proceso productivo no es otra que la de elemento donde el hombre realiza su actividad, dando los frutos en la medida en que se la trabaja; debe estar al servicio del hombre, no éste al servicio de ella. La tierra debe ser para quien la trabaja, mientras trabaja, y no cuando deja de hacerlo y usufructúa del trabajo de los demás.

El sistema de propiedad actual, solamente posibilita la mala utilización de la tierra, fomenta el minifundio, es causa de la inestabilidad del trabajador rural, del envejecimiento de la población campesina, del atraso cultural y de la proliferación de las "villas miseria" en la ciudad, con todas las secuencias conocidas, e impide el desarrollo armónico de la economía.

Se argumenta frente al problema de la transformación agraria, que lo que se necesita es una tecnificación intensa del agro para lograr una mayor producción, tomando el ejemplo de la gran industria, donde la dimensión de la empresa tiene una influencia fundamental en la producción, en la rentabilidad del capital invertido y en los costos de producción, pero se olvida que la explotación agraria tiene factores fundamentales que la diferencian.

La producción de un establecimiento industrial puede regularse de acuerdo a las necesidades del mercado, aumentándola o disminuyéndola en la medida que las circunstancias lo aconsejen y puede alentarse o desalentarse el consumo variando los precios. La producción agropecuaria está sujeta a factores ajenos a la voluntad del productor, factores de orden climático, plagas, enfermedades, que están lejos de poder manejarse o dominarse.

Estas causas hacen que sin una planificación realizada por los que son directamente responsables de la producción, no se logre un equilibrio que posibilite no distorsionar el mercado ni desalentar al productor agrario, y sobre todo no hacer caer la mayor carga sobre las espaldas del consumidor en forma de mayores precios o de subvenciones, como sucede en los EE. UU. con los productos agrarios, al adquirir el Estado el excedente agrícola a efectos de no desmejorar los precios. Esta última consideración es una de las delicias de la "libre empresa" y que los libre-empresistas de nuestro país se olvidan de mencionar.

Los sistemas que se basan en la estatización de la tierra, también han demostrado su ineficacia, por cuanto no permiten la participación activa del trabajador en la gestión económica, pues él es un asalariado más, sin participación en el ordenamiento de la producción, que es patrimonio exclusivo de los equipos planificadores. Las experiencias

realizadas en la URSS, indican que tampoco solucionan el problema, ya que en ese país debió dejarse de lado el tipo de organización, procurando dar participación al productor en la planificación y administración de su actividad específica⁷.

El sistema cooperativo, en cambio, permitiría realizar la transformación agraria sin los peligros del minifundio, sin distorsionar la economía agraria, posibilitando a los productores, reunidos en cooperativas, realizar la planificación de la producción y su distribución.

El cooperativismo puede, al estar la tierra en propiedad cooperativa, crear unidades operativas racionales, con una mecanización adecuada, organizando la producción de común acuerdo con los consumidores, agrupados a su vez en cooperativas, tratando de crear una economía de abundancia, eliminando una gran cantidad de intermediarios que usufructúan del esfuerzo del productor y de las necesidades del consumidor.

No puede desconocerse la actividad económica del cooperativismo agrario del país, dedicado hoy casi exclusivamente a la comercialización de los productos agrarios y el almacén de consumo, pero, no obstante ello, habilitado para llevar a cabo la gran transformación agraria que se necesita.

Desgraciadamente falta en el país un verdadero sentimiento cooperativo, no hay una acción educativa permanente en ese sentido, que actualmente está circunscripta al esfuerzo de las entidades cooperativas, mientras que todo el aparato educativo del país, privado y estatal, tiende al individualismo más crudo, pese a que públicamente muchas veces se declare lo contrario.

Las experiencias en cuanto a la acción cooperativa en el mundo es valiosísima, existe una bibliografía abundante sobre el tema, y tratar de explicar en este trabajo sus realizaciones escapa a la intención del mismo, que no ha sido otro que el de tratar de analizar los factores y consecuencias de un anacrónico régimen agrario y de abordar una crítica a las soluciones que se postulan para su transformación.

⁷ En la URSS, la aplicación de los principios teóricos del marxismo en todo su rigor entre los años 1917 y 1922, trae como consecuencia una situación económica catastrófica que obliga a los dueños del poder a dar marcha atrás al plan. Aplicando la NEP (nueva política económica) entre los años 1922-1928, se deja amplio campo de acción a la actividad privada, lográndose una recuperación económica notoria, pero se posibilita la aparición de una clase privilegiada, la de los kulaks, con el consiguiente peligro para la estructura del régimen. Se llega entonces, a partir de 1928, a la aplicación de los planes quinquenales, donde los principios ortodoxos se ponen en práctica con distintos criterios, según sean las posibilidades y consecuencias. Así, en la agricultura, la socialización que se realiza poco a poco se hace sobre la base de la acción cooperativa, aunque fuertemente dirigida desde arriba, sobre todo hasta 1936, fecha en que frente a los resultados obtenidos deben otorgar cada vez mayor ingerencia al productor en la gestión económica para lograr una recuperación que no consiguieron con los métodos anteriores, desviándose cada vez más de los postulados marxistas, precisamente en el sector donde aparentemente más firmes bases tenía la teoría (J. Lafugie. *Los sistemas económicos*, págs. 46 y siguientes. EUDEBA).

Por el Ing. Carlos S. Bianchi

La aparición de la T.V. ha significado una revolución tan importante como la que trajo aparejada la imprenta ya que ella puede ser —o debiera ser— una técnica de difusión de conocimientos y fuente de sana recreación, que llega con fuerte impacto al televidente.

La televisión puede darnos un contacto personal, permanente, diario, con todo lo que acontece, contacto que es más "real" que el que suministra la radio.

Sabemos que ella nos acerca a los personajes de la política, del arte, de la ciencia, de la industria; nos muestra en sus más íntimos detalles los asombrosos descubrimientos de la era atómica que estamos viviendo. El hombre común "ve" y "escucha" a quienes de otra manera sólo leería u oíría; penetra en las fábricas, interroga a los universitarios, a los hombres de la calle, asiste a los espectáculos deportivos, etc.

Si la T.V. puede hacerlo todo —y lo hará con más vida cuando llegue el color— importa mucho **cómo lo hace**. Vale decir que paralelamente a un estilo escrito, diferente del oral, tendrá que existir un **estilo televisual** en función del cual se conciben tales emisiones.

Por otra parte —y así lo demuestra nuestra experiencia— la televisión publicitaria conspira contra la calidad del espectáculo. Y si a ello se agrega que los anunciantes sólo se preocupan por satisfacer los gustos del grueso público, descendiendo hasta él, en lugar de obligarlo a ascender hasta el espectáculo de categoría, es lógico que nos veamos obligados a soportar... lo que soportamos.

Nuestros programas son, evidentemente, malos. Predominan en ellos las "series" que además de repetirse sin consideración alguna para los espectadores, nos ponen en presencia de escenas de valor moral discutible cuando no decididamente repugnantes. Agreguemos que casi todos los cómicos son chabacanos y recurren a procedimientos que utilizó el cine en sus primeras épocas (golpes, puñetazos, caídas, lanzamiento de objetos). Por último la propaganda es monótona, cansadora, reiterativa y de baja calidad.

Tengo algunas referencias acerca de cómo se está enfocando la T.V. en Francia. En este país se estima —oficialmente— que una emisión de este tipo comprende tres factores solidarios, fuertemente entrelazados: El telespectador recibe la imagen y el sonido:

- sobre una pequeña pantalla;
- en su casa;
- en sus momentos de ocio (horas de comida, días feriados).

La pequeñez de la pantalla se traduce en una fuerte limitación para la T.V.: quita grandeza y espectacularidad a lo que el cine puede mostrarnos en dimensiones normales o magnificadas: un movimiento de masas, un combate entre ejércitos o armadas, una muchedumbre que desfila, una tempestad en el mar, un incendio, se reducen en la televisión a dimensiones de hormigas. "Ben-Hur" o "Spartacus" resultarían ridículamente empujados en televisión.

Más aún: hay que tener en cuenta que el telespectador no se sumerge en la acción dramática, no pierde el control sobre sí mismo y puede liberarse de toda emoción con gran facilidad, al contrario de lo que le ocurre cuando forma parte de una multitud.

Se trata de un espectador "domiciliario" que, en el ambiente familiar, con toda comodidad e incluso intercalando comentarios, está libre de la presencia —invisible pero innegable— del público que asiste a una proyección cinematográfica, a un concierto o a un espectáculo teatral. No está sometido a la "psicología de las masas", lo cual significa que se halla al margen del arrastre colectivo que, con harta frecuencia y a pesar suyo, lo lleva al aplauso o a la desaprobación, porque su espíritu está adormecido. Puede, en T.V., derivar su atención en cualquier momento, ir, venir, conversar, cambiar de "canal" o simplemente desconectar su aparato. Esto es típico de la T.V.

Así pues, ella debiera ser un espectáculo atractivo que no solamente llene las horas de ocio sino que ofrezca la posibilidad de una vida intelectual más rica, más profunda. Con esto no se pretende reemplazar al libro, al gran teatro o al concierto, que no entran en terreno competitivo porque son otra cosa.

Según opinan los especialistas franceses, la T.V. debe cumplir sus funciones acorde con cuatro palabras: **informar, instruir, distraer y cautivar**. El logro simultáneo de estas cuatro aspiraciones es difícil, complicado y costoso. Pero, de cualquier manera, no representa un imposible.

En primer término, una emisión deberá poseer "**densidad, claridad y rapidex en la exposición**" (condiciones válidas para toda emisión, dramática o no). Debe lograr una fina e inteligente captación del suceso directo; ritmo y acción ininterrumpidos, sin desfallecimientos, aunque lo "directo" no sea la condición "sine qua non" de una buena emisión, ni la densidad, per se, pueda asegurar la calidad de lo televisado.

Debe agregarse, en apoyo de lo que antecede, una condición de difícil logro: entrar en el suceso, acercarse a él como raras veces puede hacerlo el cine, aprovechar el impacto de la voz humana y de la presencia del actor, con efectos que no suelen darse en la radio. En otros términos: sacrificar lo puramente espectacular, en favor de lo psicológico.

Sería largo enumerar el inmenso campo virgen que tiene ante sí nuestra T.V. y que hasta ahora no ha pretendido ni sabido utilizar; la vida nacional con sus alternativas, el campo, la escuela en todo el ámbito del país, las explotaciones agrícolas, ganaderas, mineras, petrolíferas; la lucha del hombre contra la naturaleza (defensa de playas y costas, combate contra los médanos y la erosión, exterminación de plagas, etc.).

Hay que enseñar al telespectador a comprender y a juzgar. No someterlo —pura y simplemente— a un rudimentario cuando no burdo juego de imágenes carentes de profundidad, de emoción o de simpatía. Llevarlo hacia el conocimiento de lo que no le puede dar la lectura, el cine o la radio, merced a ese íntimo contacto que produce la escena televisada.

T. de Quénetaín afirma con gran exactitud, que "todo individuo que aparezca en la pantalla debe ser un personaje en el sentido teatral de la palabra. Debe decirnos algo que nos fascine, que nos emocione, o que nos divierta. Muy a menudo los tribunos políticos, los hombres de la

economía, los artistas de T.V., son aburridos porque se nos muestran con una especie de **estilo oficial**, totalmente desprovisto de emotividad. Tales emisiones suenan a falso porque el personaje no se despoja de su vestidura oficial y no se nos presenta como un ser humano para dar impresión de autenticidad.

Cita como ejemplo, el caso de Joliot-Curie que, a pesar de tocar un tema altamente científico (problemas nucleares) supo cautivar al auditorio porque le mostró una apasionada convicción a través de sus gestos, de su mirada y merced a una clara exposición penetró en los arcanos de la ciencia moderna.

Hay que recordar que la T.V. exige, además de una personalidad, "el tono conveniente": es muy distinto hablar a media docena de personas ubicadas frente a la pantalla, que hacerlo frente a un centenar de ellas en una conferencia o a millares de individuos en una manifestación.

Lo indiscreto, lo grosero, es fácilmente juzgado por el telespectador, pero no debemos pasar por alto que la insistencia en tales terrenos, puede llevarlo al acostumbramiento peligroso que haga descender y aún desaparecer esa capacidad selectiva y, por tanto, rebaje lenta y seguramente su nivel emotivo, intelectual o perceptivo.

Una famosa editorial científica francesa tiene por lema: "Labeur sans peine, labeur de rien". Simplificar no es rebajar. Se puede colocar el conocimiento a la altura del lector sin necesidad de despojarlo del rigor y la claridad necesarios y suficientes.

Evidentemente nuestra T.V. —así como la de EE. UU. de N.A., que he tenido oportunidad de ver en muchos canales— adolece de tremendas fallas. A propósito de la televisión en este último país, podemos agregar una información muy interesante y sugestiva: el jefe de la Federal Communication Commission —Dr. Newton Minow— que puede decidir, por voluntad del presidente Kennedy, acerca de la vida o muerte de los 67 canales existentes en dicho país, dijo hace pocos meses ante los asistentes al Congreso de dueños de canales de T.V.: "La televisión es como un pescado puesto al sol: brilla y hiede al mismo tiempo. Los invito a sentarse frente a un televisor durante las horas de transmisión, sin un diario o revista en las manos, sin distracciones de otra clase. Solamente así podrán Uds. apreciar la enormidad de dinero y cosas que se están desperdiciando en la empresa televisiva. La televisión es, hoy, una sucesión de espectáculos basados en el juego, la violencia, comedias mediocres con familias insensibles como protagonistas, sangre, sadismo, crueldad, malos films "western" y malos dibujos animados. Y a esto debe añadirse los tontos y a veces ofensivos avisos publicitarios que aburren al público o lo irritan".

Agregó "que sólo ocho categorías de transmisiones deben ser respetadas: entretenimientos, religión, agricultura, educación, noticieros, debates culturales, conferencias y misceláneas. En ellas deben contemplarse las necesidades de decencia, constructividad, sentido común y cualidades estéticas. El sexo y el sadismo —que constituyen los pilares de la T.V.— deben ser totalmente desechados. No hay que olvidar que la T.V. es una gran fuerza social que no puede ser descuidada ni desaprovechada".

Esto fue dicho no sólo para los propietarios de los 67 canales, sino para los verdaderos dueños de los mismos, que constituyen un monopolio for-

mado por las tres grandes empresas N.B.C., A.B.C y C.B.S., de modo que Newton Minow tuvo el valor de derribar mitos y leyendas que circulan por todo el mundo acerca de "la gran televisión norteamericana".

En nuestro país no tenemos autores especialmente dedicados a una buena televisión. La improvisación surge a menudo con meridiana claridad; las series policiales —a que ya me he referido— o las del Far-West, embrutecen a los niños y mediatizan el gusto de los adultos con escenas que, además de repetidas hasta el cansancio, son brutales. Se confunde lo cómico o lo humorístico con lo grotesco y se busca la risa fácil sin reparar en los medios para desatarla.

Recordemos también que la T.V., penetrando en el terreno de lo político, ha acarreado insospechadas consecuencias: la última campaña electoral en EE. UU. dio el triunfo a Kennedy sobre su fuerte adversario porque, sometidos ambos a un amplio interrogatorio periodístico acerca de innumerables problemas, se mostraron ante millones de espectadores con la respuesta "no preparada" o "escrita de antemano"; aparecieron con la reacción personal inesperada y sobre todo con el confrontamiento de opiniones vertidas tiempo atrás y que, en esos instantes, debieron ratificar o rectificar. De esta manera, el realismo de la pequeña pantalla hizo descender a los dos eminentes hombres públicos desde su pedestal de super-hombres y los obligó a conversar para su probables votantes.

Hay quien afirma que Mc Carthy desapareció definitivamente del escenario político-social de su país, no sólo por el conjunto de falsedades contenidas en sus afirmaciones, sino porque sus propios partidarios pudieron "verlo" en la pantalla.

Daniel Bernet y Renaud Matianon en un interesantísimo artículo titulado "Los jóvenes estudiantes franceses (Revista "Cuadernos", N° 62, pág. 53-62) dicen lo siguiente:

"La televisión impide dormir; desde la edad de 8 ó 9 años, a veces antes, los escolares de hoy, sea cual fuere su trabajo, su programa y la hora de la primera clase de la mañana siguiente, pasan la velada —a veces hasta la media noche— ante la pantalla de televisión familiar.

"Convertida hoy en el gran instrumento de difusión de la cultura entre las masas, la T.V. ha venido, en realidad, a substituir a otros medios anteriores de educación, de preparación y de desarrollo del niño: el libro, el trabajo escolar a veces, el sueño e incluso, en ocasiones, el sueño. Desde luego, los padres imponen ciertas "prohibiciones teóricas: «Dentro de diez minutos te vas a acostar». Pero mientras tanto se ha anunciado un «western» o un reportaje sobre las abejas y el padre cede: «Un minuto más, pero nada más que un minuto». Y aún es corriente (varios profesores han oído esta confesión) que por la puerta entornada, el niño sea el espectáculo desde lejos, a espaldas de los demasiado crédulos padres.

"Al día siguiente: ¿qué ha retenido el niño de todo ello? Nada. Nada hay más fugaz, ligero e inconsistente que la imagen, sobre todo cuando pasan dieciséis por segundo. La T.V. es una de las actividades que apartan el espíritu de los jóvenes de sus adquisiciones normales y que acaparan su atención sin ocuparla en otra cosa, cambiando así en su espíritu una substancia real por una substancia fingida."

Agreguemos que esto no acontecería si la T.V. cumpliera los propósitos que se han anunciado líneas arriba.

Para terminar, quiero agregar algunos conceptos vertidos por el Rector de la Universidad de Córdoba, con motivo de la inauguración del canal televisivo de dicha casa de estudios. Dijo el Dr. Orgaz: "Los hombres de hoy, no sólo en nuestro país sino en el mundo entero envuelto en la atmósfera creada por el triunfo de la técnica y de la propaganda, vivimos perseguidos y acaso sometidos por las expresiones escritas y dichas —ahora visualizadas— que nosotros creamos y propagamos".

Y luego: "pero del mismo modo y por las mismas razones que los hombres de hoy, en general, hemos aprendido y toleramos alimentarnos ingiriendo cualquier cosa de cualquier modo, prescindiendo cada vez más de la cultura de la mesa hogareña o amistosa, hoy ingerimos con el espíritu y la mente substancias sin calidad o apenas nutritivas. La imprenta no nos ha dado lo que, en realidad, debió dar. Ha sido desvirtuada por los intereses no culturales y por la sumisión, sin reflexión ni análisis, a la palabra escrita. La imprenta produce extraordinariamente sin que por ello se haya logrado el gusto por el buen diario, libro o revista. Todos leemos diariamente mucha letra escrita que sería mejor no leer. Tendríamos, al menos, el espíritu en disponibilidad.

"Después de la imprenta, crea el hombre la transmisión de la palabra hablada a través del aire y, ahora, la transmisión de imágenes que nos llevan a admitir que la vida, la mejor de la vida, cabe en la buena ordenación de las voces y las siluetas humanas.

"¿No sería necesario que reconociéramos que estos magníficos instrumentos de la expresión humana, están derrotándonos, puesto que se han vuelto contra nosotros mismos, contra nuestra autenticidad espiritual y contra nuestra libertad esencial?

"Por de pronto, en mucha medida, hemos perdido nuestro discernimiento, pues cada uno de nosotros no está ya obligado a leer este diario o periódico, ésta o aquella revista, mal escritos y peor pensados, ni a oír o sintonizar aquella onda radiofónica interesadamente enfática de apetencias utilitarias; ni ahora, a sintonizar y a darse éste o aquel canal de televisión poblado de imágenes y televisuaciones mediocres.

"¿Tenemos, realmente la libertad de decidirnos frente al mundo expresional que se nos ofrece? Imprenta, radio y televisión deberían ser y podrían ser las formas actuales, maravillosamente transformadas y enriquecidas, de aquella primera conquista de la técnica que Diógenes portaba en sus manos de anheloso buscador del hombre. Ello no podrá ser si antes, cada uno de nosotros, no sentimos amor, envidioso amor por la obstinación de Diógenes errante con su linterna, entonces tan prodigiosa como lo es ahora la linterna que irradia a tanta distancia.

"Que la T.V. sirva para que el hombre se reconozca, perdido como anda en medio de palabras escritas y dichas para deleite de sus peores gustos. Y que el canal de televisión que se nos ha entregado, por lo mismo que pertenece a la Universidad, pueda buscar y encontrar la manera de llegar al corazón y a la dignidad del pueblo, ya que nuestra crisis nacional, tan aguda y profunda, es una crisis del hombre en sí, del hombre que ha dejado de creer en el alto valor y en el profundo gozo de ser un individuo que vive para la comunidad, con fe en la inteligencia y sensibilidad para la justicia."

El Castro-comunismo no puede engañar a nadie

Por Gastón Leval

Tenemos una experiencia decisiva, monumental y aleccionadora que debe ponernos en guardia en cuanto a las etiquetas puestas a una revolución. Teniendo en cuenta la tremenda lección rusa, no tiene ahora excusas quien se deja subyugar, arrastrar o cegar por el derrumbamiento de un Estado y de un gobierno capitalista, por expropiaciones de apariencia más o menos socialista, hasta por la distribución de tierras a los campesinos (los bolcheviques proclamaban, antes del triunfo: "La tierra para quien la trabaja") y la entrega de las fábricas y de los talleres a los trabajadores. Todo no está resuelto con estas primeras medidas, que pueden ser concesiones inmediatas, transitorias y forzadas de un partido político que se propone captarse así la simpatía o la adhesión de los trabajadores de la ciudad y del campo, a fin de encaramarse en el poder desde donde, después de haber eliminado a los partidos y las formaciones rivales, impondrá a estos mismos trabajadores nuevas normas, nuevas instituciones, una policía, una burocracia, y con una limitación constante de la libertad, condiciones de trabajo y existencia contra las cuales los interesados se verán imposibilitados de reaccionar.

La experiencia rusa nos permite decir lo siguiente: tan pronto un partido, aun llamando revolucionario en principio, elimina a los otros revolucionarios, tildándolos —como es ya una maniobra clásica—, de contrarrevolucionarios, vendidos al capitalismo o al extranjero, etc., estamos en presencia de un principio de dictadura que, siguiendo una pendiente fatal, debe llevar a una represión acentuada ante la resistencia no menos fatal de los sectores que no quieren dejarse dominar. Esta represión debe provocar inevitablemente el aumento de la policía convertida en policía de partido, la censura periodística primero y la supresión de la prensa de oposición después, la prohibición de la propaganda oral no oficial y la disolución de todas las fuerzas políticas, sindicales (a no ser que se interviniera a éstas desde el interior), y de los movimientos culturales y sociales que no aceptan someterse.

Tal es, inexorablemente, la sucesión de los hechos. Tal ha ocurrido en Rusia. Tal ha ocurrido en Italia, donde las distintas características institucionales del fascismo fueron apareciendo a medida que la necesidad de defenderse contra la oposición, conjugada con la voluntad de dominación de Mussolini, obligaron a éste, para conservar el poder, a sistematizar la eliminación de la oposición y a robustecer los órganos de represión.

Y tan pronto, en Cuba, la voluntad de dominio de Fidel Castro apareció evidente, sojuzgando al Directorio estudiantil que había dirigido buena parte de la lucha, nombrando autoritariamente, y sin consultar a nadie, a su hermano Raúl como "delfín" para sustituirlo en caso de desaparecer —lo cual era, ni más ni menos, un golpe de Estado—, decretando lo que le parecía sin consultar a los mismos miembros del Movimiento 26 de Julio, emprendiendo, con la policía que iba formando, las persecu-

ciones contra héroes de la lucha contra Batista, y contra otros sectores revolucionarios; tan pronto estos hechos se produjeron, había nacido el mecanismo que, de no ser brutalmente interrumpido, debía llevar, como en los casos anteriores, a la plenitud del Estado totalitario.

Este proceso apareció más amenazador todavía con la actitud de Fidel Castro ante el partido comunista. En los primeros días de su llegada a La Habana, Fidel Castro había declarado que el triunfo sobre Batista nada debía al partido comunista. En efecto: éste había podido llevar, bajo el régimen anterior, una existencia legal, publicando su prensa, periódicos y revistas, colaborando con él, dándole incluso dos ministros, lo cual le valió el testimonio público y el agradecimiento del dictador fascista. El mismo partido había combatido abiertamente al Movimiento 26 de Julio, como combate todo movimiento revolucionario mientras no lo puede dominar, o no tiene esperanzas de dominarlo. Y sólo tres meses antes del triunfo final, que ya parecía probable, mandó algunas fuerzas a las sierras, donde los propios católicos luchaban desde hacía meses.

Pero el partido comunista también había estado en la oposición, haciéndole el doble juego como hizo con el peronismo. Esto, y la adulación hacia Fidel Castro, el ponerse a su servicio (con vistas a servirse de él más tarde), las sutiles maniobras de infiltración en el Movimiento 26 de Julio le permitió, tomando cuando fue necesario la careta del fidelismo, ocupar ciertos cargos importantes, "intervenir" los sindicatos y dominarlos desde arriba, en fin, desarrollar una actividad creciente que extendía rápidamente su predominio. Pronto diferentes sectores lanzaron el arito de alarma. Pero Castro daba va carta blanca al partido comunista, porque comprendía que un gobierno de régimen dictatorial sólo podía ser apoyado por él. Fuera de él, el pueblo cubano, la población culta, especialmente en las ciudades, eran demasiado liberales para prestarse a la entronización de un nuevo dictador. La influencia de "Che" Guevara, comunista convencido, y de Raúl Castro, también comunista, contribuyó asimismo a modificar su comportamiento.

Y bien: de nuevo, tan pronto se produjo esta colaboración, esta conjunción, quienquiera que estuviese al corriente del desarrollo de las revoluciones totalitarias habidas desde 1917, no podía hacerse ilusiones. En Cuba se estaba implantando una dictadura, con todo lo que caracteriza al totalitarismo.

Se araucó entonces que Fidel Castro no era comunista, lo cual implicaba que no había de implantar un régimen de carácter bolchevique¹. Esto era juego de palabras. En muchas naciones, en Cuba mismo, el partido comunista no se llama tal, sino partido socialista popular o revolucionario, según los casos. Y tiene, en todas partes, hombres que hacen su juego, como el doctor Nearín lo hizo en el gobierno republicano durante la guerra de España, sin dejar de pertenecer al partido socialista. El caso es que muy pronto Fidel Castro adoptó, en el orden nacional e internacional, actitudes que condecían absolutamente con la

¹ Se sabe que después Fidel Castro hizo profesión de fe marxista-leninista, declarando que había adherido al marxismo desde hacía tiempo. Y el 31 de enero, Osvaldo Dorticós, presidente de la República Cubana, declaraba a los periodistas que el haber declarado que el régimen cubano era marxista-leninista "correspondía sencillamente a los hechos". Lo cual demuestra la candidez de los que se basaban en la no pertenencia oficial de Castro al partido comunista.

práctica mundial de Moscú. El viraje fue simultáneo, en el interior como en el exterior. Y mal que pese a los que explotan la cuerda del anti-yanquismo, sus ataques virulentos a los Estados Unidos precedieron, y con mucho, a las medidas tomadas por Washington, que había reconocido al nuevo régimen desde los primeros días.

Este anti-yanquismo, vociferador y frenético, era un recurso que debía atraerle las simpatías de la parte del público centro y sudamericano ya erguido por los nacionalistas autóctonos y los comunistas, contra la nación norteamericana. Los demagogos de esa parte del continente, sean fascistas o antifascistas, explotan siempre este filón: Perón es un ejemplo aleccionador. Y Fidel Castro, otro.

Desde luego, se puede enumerar una serie de reformas que entusiasman a quienes se quedan en la superficie de las cosas, y que valieron al "jefe máximo" la adhesión de la masa campesina, no de la obrera y ciudadana. La más importante de todas es la reforma agraria. Las grandes propiedades fueron secuestradas y organizadas en forma de cooperativas. Que esto sea importante, necio y desleal sería negarlo. Pero, en primer lugar, la mayor parte de los sectores revolucionarios que estaban al lado del Movimiento 26 de Julio y que han sido perseguidos después, aceptaban esta reforma o contribuyeron a elaborarla. En segundo lugar, esto no era una novedad en América, pues en México, una reforma parecida ha sido hecha en mayor escala, siendo la tierra distribuida en "ejidos", sin que haya sido necesario implantar una dictadura. En tercer lugar, la autonomía de las cooperativas desapareció rápidamente, habiéndose franqueado ya la etapa del dominio de la burocracia estatal.

Como compensación a esta realización social, tan pronto desvirtuada, conviene señalar que la situación de los obreros de las ciudades ha empeorado mucho, siendo su nivel de vida inferior en un cuarenta por ciento a lo que era durante el régimen batistiano. Lo cual explica que, al producirse el intento de desembarco de la Bahía de los Cochinos, los policías del nuevo régimen detuvieron a más de 150.000 personas; según ciertas fuentes la cifra era mayor².

Se ensalza igualmente el esfuerzo hecho en el orden de la enseñanza. También aquí sólo los superficiales pueden ver un motivo de adhesión al castrismo. Porque incluso los regímenes fascistas han creado escuelas y difundido la instrucción. Lo ha hecho Primo de Rivera, lo ha hecho Hitler, lo hace ahora Franco. La enseñanza es un arma de dos filos, porque permite amaestrar mentalmente a las masas analfabetas, y los dictadores modernos la utilizan como instrumento de predominio.

En cuanto a Cuba, dos hechos son ciertos: el primero es que en los grados superiores, en la universidad, la libertad de enseñanza ha desaparecido por completo, y buen número de profesores, de acendrado liberalismo, en nada opuestos a las reformas sociales emprendidas o realizadas, se han visto obligados a huir por no querer hacer la apología del

² Es cierto que el gobierno norteamericano apoyó (muy poco, pues de haberlo querido, nada hubiera impedido a las tropas norteamericanas desembarcar) esta operación. Pero lo es también que el desembarco fue preparado por revolucionarios cubanos, que no pretendieron ni con mucho restablecer a Batista. La Liga Libertaria de los EE. UU. lo proclamó en su hora. El explotar la participación mínima del gobierno norteamericano para presentar la operación como iniciativa suya, para fines únicamente suyos, implica falsear totalmente la verdad.

castrismo, y en buen número no salen porque no pueden. Es verdad que los castristas esparcidos por América dirán que tales profesores están vendidos a los yanquis, como los comunistas decían que estábamos vendidos a los capitalistas; esto también prueba su parentesco... espiritual.

El segundo hecho, es que ya esta instrucción o enseñanza, ha servido y sirve, desde más de dos años, y en forma creciente, para difundir una educación marxista, que va desde los niños de siete años, a los soldados, educados en milicianas de toda edad. Como hacía el régimen de Mussolini, el de Hitler, como hace el régimen bolchevique, como hace el régimen franquista, como hacen, en suma, todos los regímenes dictatoriales, el régimen llamado castrista, donde los comunistas dominan por completo, que tienen un programa, un plan preciso, una preparación sociológica de que Castro carecía, instructores rusos y chinos, como en Rusia y las naciones satélites que le sirven de ejemplos inmensos para inspirarse, ha organizado ya el amaestramiento intelectual de la población analfabeta.

Este amaestramiento surte efectos positivos y sorprendentes. Se completa con la propaganda sistemática y obsesiva hecha con la radio del Estado —única existente—, la prensa oficial —la única existente también—, la televisión, etc. Por esto, no se encuentran bicicletas, cacerolas, máquinas de coser, y si la ropa o el calzado cuestan, en horas de trabajo, cinco o diez veces más que en las naciones de Europa Occidental, los aparatos de radio y televisión abundan y son baratos.

Promover cierto grado de instrucción no implica, necesariamente, servir la causa de la libertad. Una utilización sabiamente organizada, centralizada, coordinada de todos los medios de que dispone el Estado moderno permite hacer lo contrario de lo que se esperaba cuando la mística del liberalismo, propia de otras épocas, atribuía una importancia primordial a la enseñanza. Lo que cuenta ante todo para hacer hombres libres o esclavos, es la educación. El pueblo alemán era el más instruido del continente europeo, pero su espíritu de disciplina fue un obstáculo fundamental en la lucha contra el nacionalismo y el autoritarismo. Los campesinos españoles eran, en 1936, analfabetos en un sesenta por ciento, y la mitad de los no analfabetos leían y escribían muy imperfectamente. Con ellos pudimos organizar las colectividades.

Los que se entusiasman ante la campaña de alfabetización del régimen castro-comunista, se apresuran demasiado. A juicio nuestro, esta campaña, en la cual participan gentes sinceras y entusiastas que ignoran los fines perseguidos por los que gobiernan, forma parte de un plan de domesticación que se irá realizando, como ha de ser forzosamente en todo régimen totalitario. Y este plan, completado por el monopolio de la prensa, la imprenta, la radio, la televisión, el cine, el teatro, la universidad, etc., será aún favorecido por el aislamiento de Cuba, que por ser una isla está, más que una nación continental, cortada de toda fuente de información directa, siquiera individual.

Un análisis de otros aspectos de la situación cubana —los "tribunales populares", la "democracia directa", las "milicias" armadas, los "comités de vigilancia" y los cuerpos de espionaje y represión policial, etc.—, nos llevaría en línea recta a la misma conclusión: Cuba está bajo un régimen totalitario y, a pesar de las apariencias y disfraces, no puede engañar ya a nadie.

Pedro Kropotkin no ha sido solamente un sabio de primer orden, un gran revolucionario y el teórico del anarquismo comunista. Ha dejado también una hermosa obra histórica, *La Gran Revolución*¹, que abunda en observaciones profundas, en ideas de una notable justeza, y que no obstante parece ser desconocida por los historiadores de profesión, hasta el punto que Ph. Sagnac, en el tomo primero de la *Histoire Contemporaine de la France*, de Ernest Lavisse, ni la menciona siquiera en sus notas bibliográficas; el hecho es tanto más significativo cuanto Sagnac comprende perfectamente la importancia de las cuestiones económicas y sociales: sus excelentes trabajos dan fe.

Sin duda Kropotkin no es un erudito, pero posee una inteligencia profunda de los fenómenos históricos y comprende mejor que muchos historiadores de oficio que las luchas de partidos, los advenimientos militares y diplomáticos no bastarían para explicar la trascendencia de la Gran Revolución. Las apreciaciones y juicios que hace pueden, por consiguiente, contribuir verdaderamente a promover los progresos de la ciencia histórica y suscitar nuevas y fecundas investigaciones históricas. Destaquemos también que él ha sido, por muchos conceptos, un precursor, puesto que las ideas esenciales de *La Gran Revolución* se encuentran ya en un artículo suyo aparecido en la revista inglesa *The Nineteenth Century*, publicada en junio de 1889, Londres, muy anterior por consiguiente a la tesis de Ph. Sagnac, sobre la *Legislación civil de la Revolución Francesa*, que data de 1898, y a la *Histoire socialiste*, de Jean Jaurés, aun más reciente.

Puede, por lo tanto ser interesante recorrer su volumen y recoger las ideas esenciales que se desprenden del mismo.

"Dos grandes corrientes preparan y hacen la Revolución. Una, la corriente de ideas —el torrente

¹ Publicada en 1909 por primera vez en París, por la casa editora Stock.

* De "Science et Philosophie de l'histoire". El célebre investigador belga, es autor de "Historia del régimen agrario en Europa en el siglo 18 y 19"; "Orígenes del capitalismo moderno" y decenas de obras históricas de fundamental importancia.

de ideas nuevas sobre la reorganización política de los Estados—, venía de la burguesía. La otra, la de la acción, procedía de las masas populares de las ciudades y pueblos, que aspiraban a obtener mejoras inmediatas y tangibles de sus condiciones económicas. Y cuando esas dos corrientes se encuentran para un fin común y se prestan mutuamente apoyo, entonces ocurre la Revolución."

Así comienza *La Gran Revolución*, y tal es, en efecto, la concepción dominante en todo el libro. Kropotkin ha visto bien que el ideal de la burguesía, ideal que había sido elaborado por la filosofía francesa del siglo dieciocho, y proclamaba ante todo la emancipación de la persona humana bajo todas sus formas, no dejaba de responder a las necesidades de esta clase social. Se trataba, para ella, de realizar la organización "de un Estado centralizado y bien ordenado"; había que abolir todos los poderes locales, exigir la libertad de todas las transacciones comerciales y de las actividades industriales. Pero ese *laissez-faire*, que se soñaba para los patrones, había de tener por corolario, para los trabajadores, la prohibición de coaligarse, de unirse. Se trataba de la libertad para el patrón de explotar "al trabajador privado de libertad". Mas, esas pretensiones egoístas se disimulaban, a la vista misma de los que saldrían beneficiados, bajo el manto de las ideas admirables de libertad y de emancipación que suscitaban el entusiasmo de todos los que iban a participar en la Revolución. En cuanto al pueblo, tenía sin duda sus aspiraciones, correspondientes a sus necesidades, ideas "confusas desde el punto de vista positivo", pero categóricas, en cambio, en sus negociaciones. Y son esas aspiraciones, y esas ideas, las que lo van a estimular a la acción: es la necesidad de la tierra, y de una tierra liberada de toda servidumbre, la que suscitará las insurrecciones campesinas sin las cuales la Revolución, aun burguesa, no hubiera triunfado.

Kropotkin distingue desde luego, en el pueblo, los diversos elementos que lo constituyen; define con felicidad las masas po-

pulares urbanas, así como las diversas clases campesinas, y ve muy bien que, en las campañas, es el rural acomodado el que va a jugar el gran rol durante la Revolución; es él quien, el primero, se subleva contra los derechos feudales, exige la abolición de esos derechos sin indemnización, aprovecha de la venta de bienes nacionales, y se encarniza con más violencia, en 1793, contra los ex nobles y ex señores.

Ningún historiador ha mostrado con tanta claridad el alcance de los movimientos populares que han estallado durante los años que precedieron a la Revolución y durante los primeros meses de 1789. Es esa fermentación profunda en los campos lo que hace posible la Revolución.

"Sin la sublevación de los campesinos, que comienza en el invierno y va, con sus flujos y reflujos, hasta 1793, el derrumbe del despotismo real jamás hubiera sido acompañado de un cambio político, social y económico, tan profundo. Francia hubiera tenido muy bien un Parlamento como Prusia tuvo uno, para reír, en 1848, pero esa innovación no habría tomado el carácter de una revolución; hubiese permanecido en la superficie, como ocurrió después de 1848 en los Estados Alemanes."

Es que el problema importante a resolver era la cuestión agraria. Ahora bien, cuando los Estados Generales se reúnen en asamblea, no tenían duda alguna: ellos no se ocuparían más que de la cuestión política. La asamblea no cesó un momento de temer la revuelta popular y de querer reprimirla y, sin embargo, es esa sublevación lo que salva a la Revolución.

II

En historia alguna se hallará un relato y una exposición más viviente que el que nos da Kropotkin de las sublevaciones populares que siguieron al 14 de julio de 1789. Y nadie ha visto mejor que esos hechos de rebeldía no fueron un episodio breve y transitorio provocado por la toma de la Bastilla. Esas manifestaciones eran la trama misma de la Revolución francesa, y le imprimieron, precisamente, el carácter que la distingue de las otras revoluciones:

"Se sabe ahora que la burguesía francesa, sobre todo la alta burguesía industrial y comercial, quería imitar a la burguesía en su revolución. Ella también de

buena gana habría pactado con la realeza y la nobleza, a fin de llegar al poder. Pero no lo logra, porque la base de la Revolución francesa era felizmente mucho más amplia que en Inglaterra. En Francia el movimiento no fue un movimiento para conquistar la libertad religiosa o bien la libertad comercial e industrial para el individuo, o en fin para conquistar la autonomía municipal y pasarlo a manos de algunos burgueses. Fue sobre todo una sublevación de campesinos: un movimiento del pueblo para entrar en posesión de la tierra y liberarla de las obligaciones feudales que pesaban sobre ella."

La burguesía no tenía ningún apuro de abolir los derechos señoriales, y ella hasta entendía que debía conservar en su integridad, los que ya estaban en su posesión, como lo señala el caso de la ciudad de Strasburgo. Esa burguesía se levanta energicamente contra las insurrecciones campesinas y contra los motines populares urbanos. En las ciudades, en efecto, el pueblo comenzaba a combatir al patriciado burgués. Y así, en la noche del 4 de agosto, los representantes del Tercer Estado se mostraron mucho más tibios que los de las órdenes privilegiadas. La Constituyente muestra la mayor lentitud en legalizar los decretos del mes de agosto, y, aunque aprueba la manumisión de la persona del campesino, deja en cambio casi intactos los derechos señoriales.

Y fue una vez más la presión popular la que le obliga a hacer lo poco que ella hizo². El mantenimiento de las propiedades era una de las grandes preocupaciones de la burguesía; y, sin embargo, por una extraña contradicción, aun la revolución política que ella realizaba, y que fue inmensa, no podía tener eficacia sin las insurrecciones populares, que hizo fracasar todas las tentativas de la contra-revolución.

Es con una gran penetración que Kropotkin descubre las causas de la reacción que se manifiesta después de la caída del rey y hasta la primavera de 1792. La burguesía piensa que su obra revolucionaria está terminada y que es necesario defenderla de los ataques populares. Hasta los mismos Girondinos, que deseaban abolir la realeza, no veían más allá de los términos de una

² Las ideas de Kropotkin las confirman luego los trabajos consagrados por varios investigadores a las agitaciones agrarias durante la Revolución. Ver por ejemplo: A. Aulard, *La Revolution et le régime féodal*, París, 1919; y H. See, *Les troubles agraires en Haute-Bretagne, 1790-1791* (Bull. d'histoire économique de la Révolution, 1920-1921, París, 1924).

revolución política. Y es por eso que ellos hacen declarar la guerra; pensaban que la guerra determinaría la caída de la monarquía, de la dignidad real, sin que fuera necesario la sublevación popular. Lo que querían era una república burguesa. Pero esa misma república burguesa no podía nacer sin la insurrección popular. Para abatir la monarquía, era necesario que se produjera la jornada revolucionaria del 20 de junio y sobre todo la del 10 de agosto. A consecuencia de los hechos del 10 de agosto, la Asamblea legislativa, contra su voluntad, se ve obligada a dar los primeros pasos decisivos para llegar a la abolición de los derechos feudales.

Pero los Girondinos eran aún y siempre los sostenedores de una república burguesa. Contra ellos se levantaban las fuerzas populares, que en grado eminente representaban las comunas y sobre todo la Comuna de París, cuyas secciones constituían el alma de la acción popular. Mientras la Comuna efectivamente domina, la Revolución prosigue su marcha ascendente. Y ésta es, según demuestra Kropotkin, la verdadera significación de las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio de 1793, que abaten a los Girondinos y llevan a los Montañeses (Montagnards) al poder. La consecuencia inmediata de esas jornadas, fue la abolición, inmediata también, y sin indemnización de los derechos señoriales, esto es la caída definitiva del feudalismo. De tal modo fue así el triunfo popular el que, debido al impulso de esas acciones, da una dinámica tan noble a toda la legislación revolucionaria, en el momento más trágico de la Revolución, cuando el hambre, la guerra llevada al extranjero y las insurrecciones en el interior amenazaban con hacerla fracasar:

"Todo lo que se apoya y depende del antiguo régimen, todo lo que antes ocupaba posiciones privilegiadas y todo lo que espera, sea reconquistar sus posiciones, sea crear nuevas bajo el régimen monárquico que sería restablecido —el clero, los nobles, los burgueses enriquecidos durante la Revolución—, todos conspiran contra ella. Aquellos que se mantienen fieles deben batirse en ese círculo de bayonetas y de cañones que se cierra en su derredor, aparte de las conspiraciones en el interior que tratan de golpear por la espalda."

Además los revolucionarios se esfuerzan por regenerar a Francia. Ello fue la obra inmensa de esos catorce meses (de junio de 1793 a julio de 1794), obra que no

ha sido jamás estudiada sino muy superficialmente, y gracias a la cual, no obstante la Revolución ha creado una Francia nueva:

"Lo que —dice una vez más Kropotkin— los historiadores han estudiado sobre todo, es la guerra y el terror. Y, sin embargo, allí no está lo esencial. Lo esencial es la obra de dispersión de las propiedades del agro, la obra de democratización y de des cristianización de Francia, que fue cumplida durante esos catorce meses."

Es la época del empréstito forzoso y del *maximum*, época en que las propiedades comunales son devueltas sin condiciones a las comunas, y se trata de poner fin al acaparamiento de esos bienes por la burguesía, la época en fin, en que los derechos feudales son definitiva y radicalmente abolidos.

La reacción podrá triunfar de nuevo; la obra económica de la Revolución —sería mejor decir: la obra social—, subsistirá no obstante; es que ella había sido impuesta por la voluntad popular; Kropotkin define admirablemente el alcance de esa obra:

"Todo el aspecto de la Francia rural ha sido cambiado por la Revolución, y ni aún el terror blanco ha podido hacer retomar al campesino francés el antiguo régimen. Es verdad que hay todavía mucha miseria en las aldeas, en Francia como en otras partes; pero esa pobreza es la riqueza en comparación de lo que fue la Francia hace 150 años, y de lo que vemos aún en nuestros días, allí donde la Revolución aún no llevó su antorcha."

III

Los Montañeses, para derrotar a los Girondinos, habían buscado el apoyo de los "revolucionarios populares". Y así llegaron a realizar su gran obra, rechazar a los invasores extranjeros, y vencer las insurrecciones contra-revolucionarias. Pero esas mismas victorias precipitan el agotamiento del espíritu revolucionario y creador; y van a distanciarse del pueblo, chocan con las municipalidades que hasta ese momento habían defendido y a las que habían concedido tanta jerarquía en la Constitución del año I.

Es que en realidad, los Montañeses son burgueses, pequeños burgueses, es verdad, pero que no tienen contacto con el pueblo

y no comprenden verdaderamente sus aspiraciones:

"El hecho es que la gran masa de los Montañeses, salvo raras excepciones, no tenían tampoco la comprensión de las necesidades del pueblo, indispensable para constituir un partido de revolución popular. El hombre del pueblo, con sus miserias, su familia muchas veces padeciendo hambre y sus aspiraciones igualitarias aún vagas y flotantes, les era extraño. Lo que les interesaba era más bien el individuo abstracto, la unidad de una sociedad democrática. Con excepción de algunos Montañeses avanzados, cuando algún convencional en gira y misión oficial llegaba a las ciudades de provincia las cuestiones del trabajo y del bienestar en la República, el trato igualitario en relación con el goce de los bienes disponibles les interesaba muy poco. Enviado para organizar la resistencia a la invasión y estimular el espíritu patriótico, actuaba en funcionamiento democrático, para quien el pueblo no era más que el elemento que debía ayudarles a realizar los propósitos del gobierno."

Y aun si los representantes en comisión castigaban a los ricos con impuestos, era porque éstos simpatizaban con los adversarios de la Revolución y había que abastecer los ejércitos; si proclamaba la igualdad en una ciudad era porque esa ciudad estaba considerada como en estado de sitio, y no se imponía allí más que una medida de salud pública y de defensa nacional.

Tampoco la mayor parte de los Montañeses podían comprender el movimiento comunista, que surgía a la luz en ese momento y respondía a las aspiraciones profundas del pueblo de las ciudades. Kropotkin caracteriza muy bien ese movimiento, y ve bien que los teóricos, los Sylvain Maréchal y los Babeuf, se preocupaban más de la realidad de los hechos que los constructores de teorías que aparecerán en una época más calma. Demuestra que la cuestión de la repartición de la tierra y la de las subsistencias ocupan el primer lugar en sus preocupaciones. No es tanto la organización del trabajo como la **distribución (repartición) de los productos** lo que les interesa, y desde ese punto de vista los considera más avanzados que los socialistas del siglo dieciocho, más realistas que estos últimos³.

³ La cuestión de las subsistencias juega, en

El gobierno montañés, Robespierre el primero, temía al movimiento comunista y pensaba que establecer la ley agraria, modificar el régimen de la propiedad, constituía verdaderamente un crimen. Y por eso él quiso aniquilar a los comunistas; se ejecuta a los más notorios "rabiosos" (enragés) y se conjunde con ellos al partido extremista de los Hebertistas. La caída de la fracción más avanzada de los Montañeses debía acarrear graves consecuencias. La comuna fue vendida por los Comités de Salud Pública y de la Policía (Sûreté Générale); las **secciones** fueron aplastadas, los elementos realmente revolucionarios han sido así, al fin, eliminados.

Es que el **gobierno revolucionario** tal como fue organizado por la Convención, régimen de excepción, que sólo se mantuvo por el terror de una administración profundamente centralizada, había agotado fatalmente la actividad revolucionaria. Y, al mismo tiempo, todos aquéllos que habían aprovechado de la Revolución, todos aquéllos que en esos días se habían enriquecido, aspiraban a un régimen de **orden**, con el cual y bajo cuya protección no tendrían nada que temer por su fortuna más o menos legítimamente adquirida. Tal era la razón profunda, según Kropotkin, de la caída de Robespierre: "Su caída era inevitable, porque representaba un régimen que se hundía". Francia estaba madura para una reacción, y la reacción política no hacía más que encubrir o denunciar una reacción económica y social profunda. He ahí la idea que los historiadores pierden con frecuencia de vista y que Kropotkin pone tan admirablemente a la luz. La conclusión lógica de todo ese movimiento de regresión fue el golpe de Estado de Bonaparte, que venía a **consolidar** la Revolución, desde el punto de vista social como desde el político, es decir, que detenía sus efectos en los confines y términos que ella no debía pasar, igualaba o consagraba la igualdad de los derechos, pero impedía todo ataque a la organización de la propiedad.

No obstante, Kropotkin llega a la conclusión de que la obra de la Revolución fue inmensa y que, a pesar de la reacción, el triunfo del pueblo francés no era un engaño. Una nueva Francia había nacido, y "**el campesino comía a discreción**". El país, que bajo el antiguo régimen le acosaba el hambre a cada momento, fue capaz de soportar la aplastadora carga de las guerras de la Revolución y del Imperio y de pasear por toda Europa los principios de la Gran Revolución. Kropotkin destaca también con

efecto, un rol muy importante, mucho mayor aún de lo que suponía el mismo Kropotkin. Ver: Albert Mathiez, *La vie chère et le mouvement social sous le Terreur*, París, 1927.

luz meridiana el sentido profundo de las guerras napoleónicas:

"Si una mirada distraída no ve en la Francia napoleónica más que el amor a la gloria, el historiador descubre que esas mismas guerras que Francia soporta en este período las hace para **asegurar los frutos de la Revolución**: las tierras tomadas a los señores, al clero, a los ricos, las libertades arrebatadas al despotismo y a la Corte. Si Francia está pronta para desangrar, sólo para impedir que los alemanes, los ingleses y los rusos le impongan un Luis XVIII, es porque ella quiere impedir que el retorno de los emigrados realistas signifique la recuperación por parte de los "de antes" de las tierras, ya regadas con sangre de patriotas. Y ella lucha tan bien, durante veintitrés años, que cuando se ve obligada a aceptar a los Borbones, les impone condiciones: Borbones podrán reinar, pero las tierras seguirán siendo de los que las han tomado a los señores feudales; ni aún el Terror Blanco de los Borbones osará tocarlas. El antiguo régimen no será restablecido. He ahí lo que se gana con hacer una Revolución."

Kropotkin muestra también en qué difiere una Revolución como la francesa de una simple obra de reformas. Es que ella no sólo resume la evolución anterior, sino que da el programa de la evolución que se cumplirá en el siglo siguiente. La Revolución francesa difunde sus dos grandes conquistas por toda Europa:

"Esas dos grandes conquistas son la abolición de la servidumbre y la abolición del poder absoluto, que han conferido al individuo libertades personales que ni el siervo ni el súbdito del rey osaban soñar, y que han conducido, al mismo tiempo, al desenvolvimiento de la burguesía y del régimen capitalista."

Kropotkin nota que es gracias a la Revolución francesa que desaparece por todas partes la servidumbre en el siglo diecinueve: el derecho del señor sobre la persona del campesino no existirá ya más en ninguna parte. He ahí el gran suceso de la historia contemporánea. Sin embargo, agrega:

"Los historiadores olvidan ese hecho. Hundidos en las cuestiones políticas, no perciben la importancia de la abolición de la servidumbre, que es, sin embargo, el rasgo esencial del siglo diecinueve. Las rivalidades entre naciones y las guerras que de las mismas fueron la consecuencia, la política de las grandes potencias, de la que tanto se ocupan, todo eso deriva de un gran hecho: la abolición de la servidumbre personal y el desarrollo del asalariado que le ha substituído."

Kropotkin concluye así —y es una de sus ideas más penetrantes— que las teorías socialistas que se han desarrollado en el siglo diecinueve, han salido en gran parte de las ideas comunistas que se han presentado a la luz durante la Revolución.

De tal modo, **La Gran Revolución**, que tal es el título de la obra de Kropotkin, nos parece ser una obra histórica de gran alcance. Ha comprendido el sentido profundo de los acontecimientos revolucionarios; ha visto que los hechos políticos no hacen, con frecuencia más que ocultar los hechos económicos y sociales mucho más significativos. Las luchas de partidos y de personas no figuran ya más en el primer plano; el gran actor es el pueblo. Y ha puesto admirablemente a la vista que el triunfo de la Revolución aún puramente burguesa, no ha sido posible más que gracias a las insurrecciones populares. Kropotkin, sin duda, no es un erudito; no le ha sido posible tampoco revisar nuestros archivos; no nos revela muchos hechos nuevos, pero muy bien informado desde luego de los trabajos recientes, nos ofrece sobre hechos conocidos una interpretación tan luminosa que nos aclara nitidamente los verdaderos alcances de los mismos y nos incita a realizar nuevas investigaciones por sendas aún poco recorridas. Los historiadores de oficio, por eruditos que sean, pueden entonces sacar provecho en leer y meditar la obra de este gran espíritu que, por muchos respectos, y aun en dominios que no eran de su especialidad, se nos aparece como un precursor⁴.

(Trad. de: M. A. A. Miranda)

⁴ Para comprender el significado de la concepción histórica de Kropotkin, es de gran interés también leer sus memorias (*Au tour d'une Vie*, trad. de F. Leray, París, Stock), así como sus obras teóricas: *La Conquête du pain* y *Champs, usines et ateliers*, trad. de F. Leray, París, 1910.

Estados Unidos en la guerra fría

Por Jorge Ballesteros

Cuando accidentales intérpretes del repudio popular a un gobierno de timadores, decidieron desplazar del poder a Arturo Frondizi, la embajada norteamericana en Buenos Aires empleaba todo su ascendiente en impedir el derrocamiento o por lo menos atemperar sus eventuales derivaciones revolucionarias. Simultáneamente, en Estados Unidos las declaraciones oficiales y los comentarios de los más importantes órganos de opinión pública —prensa, radio y televisión— exaltaban las supuestas cualidades de "demócrata sincero" del mandatario a punto de ser depuesto.

En realidad, el gobierno de Frondizi, había sido uno de los más depredatorios de la historia argentina, pródiga en autoridades rapaces o excesivamente tolerantes con los correligionarios; si hubiese concluido su período legal, con seguridad ostentaría el record absoluto, en el número y monto pecuniario, de malversaciones y peculados: ni el reparto discrecional de tierras realizado por Rosas, ni las dolosas concesiones de Mitre al capital ferroviario inglés, ni los múltiples negociados de la oligarquía terrateniente en época de Juárez Celman y Roca, ni los iatrocínios practicados en escala totalitaria durante la dictadura de Perón, habrían podido parangonarse con el vasto imperio editorial, comercial y financiero que merced al ilimitado apoyo oficial estaba erigiendo Rogelio Frigerio —hábil empresario con veleidades marxistas, presumiblemente el verdadero jefe de Estado. A pesar de los esfuerzos de la embajada norteamericana, Frondizi fue derrocado y la espúria organización de su *alter ego*, Frigerio, perdida la impunidad que el oficialismo le garantizaba, se vio dificultada por restricciones crediticias, denuncias e investigaciones.

¿Justificaba políticamente el frigerismo-frondizismo, a despecho de sus tropelías económicas, una solidaridad tan activa y categórica del gobierno norteamericano? Era notorio que los ingresos iniciales más cuantiosos del aparato frigerista provenían de sus arreglos con monopolios petroleros norteamericanos. Mas con ser grande, para infortunio de occidente, la gravitación de las compañías monopolistas en la política exterior norteamericana, es evidente que la seguridad de Estados Unidos, a riesgo de ser peligrosamente expuesta, no puede supeditarse al éxito mercantil de sus más poderosas empresas: así parece haberlo comprendido, en los últimos tiempos, el Departamento de Estado al respaldar la consolidación y ampliación del mercado común de Europa, instrumento valiosísimo de su unidad supranacional futura, que fortalecería considerablemente la tesitura occidental en la "guerra fría", aunque sus inmediatos resultados entrañen una retracción crítica en los negocios de muchas corporaciones estadounidenses. Que el frigerismo-frondizismo hiciera pingües transacciones con corporaciones petroleras no es, pues explicación suficiente de enfática protección del Departamento de Estado a su sistema de gobierno. ¿Había coincidencia

entre la orientación social del frigerismo-frondizismo y el ideario norteamericano? Sin tapujos, aquél declaraba profesar el credo de la "libre empresa", en círculos dirigentes norteamericanos, equivocadamente identificado con el credo democrático. El frigerismo-frondizismo, a su peculiar aplicación de la ortodoxia capitalista, añadía una definida propensión hacia el "tercerismo", el "neutralismo" y la "camaradería de ruta", tendencias políticas convergentes en la matizada aprobación de las tácticas y doctrinas totalitarias. Hechos típicos de su "modus operandi": en lo política, los argumentos leguleyos a que apeló, en una reunión interamericana, tratando de evitarle sanciones al régimen totalitario de Cuba, mientras sigilosamente concertaba una entrevista entre Guevara, lugarteniente de Castro, y Frondizi; en lo económico, las peregrinas gestiones oficiales y oficiosas encaminadas a conectarnos comercialmente a naciones "neutralistas" del Asia, previsible etapa inicial de la apertura del mercado argentino al intercambio intensificado con naciones del bloque comunista, en tanto se dejaba librada a la inercia burocrática, la tarea de concretar el mercado común latinoamericano, primicia expectable de la unión aduanera y la confederación política mediante las cuales estos países podrían superar rápidamente su prostración y subdesarrollo, sin renunciar a la efectiva libertad que, maguer las limitaciones capitalistas, les aseguran las normas democráticas occidentales; en lo cultural, las ediciones culturales, costeadas por la Universidad de Buenos Aires —ayudada por cuantiosas donaciones de entidades benéficas norteamericanas— de libros destinados a influir a la juventud estudiosa y a los trabajadores de cierta instrucción —los dirigentes de mañana— en los que especialistas y profesores de la "nouvelle vague" marxista, enfocan la filosofía y el arte, la historia y la sociedad contemporánea, umitiendo o tergiversando acontecimientos e ideas, desde un punto de vista netamente representativo de su particular y sectaria visión del mundo: tales libros se alternan, astutamente, con la edición de clásicos de la literatura vernácula y de obras artísticas y científicas de valor; algunas de éstas contienen críticas al totalitarismo, son escasas y proveen la coartada indispensable.

En suma, el respaldo del gobierno y la opinión pública de Estados Unidos al inescrupuloso régimen de Frondizi no tiene más explicación de fondo que la crasa ignorancia, de uno y otra, "una tremenda ignorancia de los hechos que ocurren en el resto del mundo", según William J. Lederer. Periodista norteamericano de notable perspicacia política, Lederer colaboró con el sociólogo Eugene Burdick en la redacción de "El Americano Feo" y acaba de publicar, como único autor, "Una Nación de Borregos".

* * *

"El Americano Feo", de Lederer y Burdick, es una colección de relatos, estrictamente basados en episodios reales, que muestran la increíble miopía y la inaudita irresponsabilidad de la política norteamericana en Asia.

En contraste con los embajadores rusos que llegan al país de su residencia diplomática con pleno conocimiento de su idioma, historia y costumbres, lo cual facilita enormemente su trabajo cotidiano de proselitismo e infiltración, los embajadores norteamericanos, burócratas ru-

tinarios y protocolares, no conocen más lenguaje que el inglés y dedican preferente actividad a llevar una vida rumbosa, de ceremonias y "parties", íntimamente vinculada a la oligarquía lugareña. Naturalmente, en Asia la opinión popular es adversa a la imagen que de Estados Unidos le ofrecen semejante embajadores —lujosos automóviles, fiestas suntuosas—, imagen asociada a la existencia regalada de la oligarquía nacional, observada con creciente descontento por el misérrimo campesinado y la surgente "élite" intelectual.

Lederer y Burdick reseñan garrafales errores políticos: "Costeamos enormes carreteras a través de la selva, en países asiáticos donde el transporte se hace en bicicleta o a pie. Financiamos diques donde la necesidad más perentoria es una bomba elevadora portátil. No hace mucho, una epidemia de hambre assolaba a un populoso país asiático. Estados Unidos envió, en barcos, un gran cargamento de arroz. Acudieron a recibirlo al puerto las máximas autoridades nacionales y miembros del cuerpo diplomático. Mientras el embajador estadounidense pronunciaba su discurso, estibadores nativos, estampaban sobre las recién desembarcadas bolsas de arroz, una leyenda de signos esotéricos, que debió parecerles a los norteamericanos encargados de llevarlas, en camiones, a las aldeas azotadas por el hambre, una contraseña aduanera o una inocua aclaración geográfica. Semanas después, cuando el reparto de arroz había concluido y su patrocinio se comentaba en todo el país, la embajada norteamericana supo que la leyenda escrita en el dialecto de los hambrientos aldeanos, decía: "Este arroz es un regalo de la Unión Soviética". En una pobrísima comarca asiática, habitada por campesinos que no conocían ni remotamente el marxismo, Estados Unidos se había dejado infligir, vueltas en su contra, sus propias armas suasorias, una significativa derrota en la "guerra fría".

* * *

Es conocida la especial atención que la propaganda comunista otorga a la infiltración cultural. Los intelectuales configuran grandemente la atmósfera espiritual del país en que escriben, pintan, educan o realizan investigaciones científicas: el totalitarismo trata de plegarlos a su causa valiéndose del soborno —becas, viajes gratuitos, distinciones, dadas valiosamente concedidos de acuerdo a la importancia relativa del candidato y al grado de su obsecuencia—, de la intimidación —sistemático descrédito, en las entidades culturales y medios de difusión controlados por el partido, de toda personalidad que se atreva a asumir una genuina actitud de libertad crítica o creadora—, de la seducción que la eficacia y el éxito inmediato de sus procedimientos, ejercen en ánimos afectados por el nihilismo dominante en la cultura de la época. La mejor área de desarrollo para la penetración totalitaria es un clima espiritual de radical escepticismo, ávido de sensaciones y devaneos artísticos meramente novedosos, despreocupado por la historia, indiferente a la sociedad y a la política, subestimador de los derechos individuales, parecido al que padecía Francia en vísperas de la última guerra y al cual, mucho más que a su preparación militar —según modernas investigaciones lo han comprobado— hay que atribuir su rápida y completa defección ante el embate hitlerista.

* * *

Lederer y Burdick puntualizan la absurdidad del programa estadounidense de becas a los estudiantes asiáticos: es requisito imprescindible que éstos hablen inglés, ya que la enseñanza se le imparte en ese idioma, con lo que se establece una rígida selección de clase: solamente hablan inglés los hijos de las familias ricas, únicos jóvenes que tienen acceso a una esmerada educación; ergo, los becados pertenecen a la minoría privilegiada. En Estados Unidos se les da una instrucción "standard", prácticamente la misma que recibe cualquier estudiante norteamericano: los profesores no los pueden ayudar a ser útiles en sus países de origen, porque ignoran todo lo referente a tales países.

Los comunistas, en cambio —informan Lederer y Burdick— "en la provincia de Yuan, en China, tienen una gran escuela para estudiantes del sureste asiático. Los estudiantes, unos treinta mil provienen de Indonesia, Birmania, Tailandia, Laos, Camboya y las regiones fronterizas de Vietnam. El curso es de dieciocho meses y las clases se dan en el idioma del estudiante. Comprende cursos de agricultura, curtido, impresión, forja y otros oficios que la gente del país necesita en las pequeñas ciudades. Los estudiantes viven con sus compatriotas y sacerdotes de sus respectivas fes, dirigen las prácticas religiosas. No es de extrañar que estos asiáticos regresen a sus granjas y pueblos entusiasmados con el régimen comunista chino".

* * *

Lederer estudia en su libro "Una Nación de Borregos" los aspectos fundamentales de la ignorancia y de las informaciones erróneas que desorientan a la opinión pública norteamericana e influyen calamitosamente en su política exterior. En primer término, están comprometidos en el suministro de noticias falsas y hechos deformados los embajadores, generales y almirantes, con misiones en las llamadas naciones subdesarrolladas. Casi siempre se trata de gente sin ninguna aptitud para establecer contactos fidedignos con la compleja realidad, humana e institucional, de esos países. Desconocen su lengua, sus leyes, sus religiones, sus modalidades sociales; o tienen de ellas la impresión muy poco objetiva que les transmiten las oligarquías gobernantes. Cabe aquí acotar que estas oligarquías disfrutaban de privilegios tanto más grandes cuanto mayor es la carencia de cultura cívica en las poblaciones. ¡Y cómo no va a carecer de cultura cívica la inmensa mayoría de las comunidades nacionales de Asia, Africa y Latinoamérica si le faltan hasta elementales recursos de subsistencia y, además del hambre crónica, las epidemias y el analfabetismo que remachan su servidumbre política, sufre el permanente asedio psicológico de la propaganda comunista!

"El soborno y la adulación —dice Lederer— a los funcionarios norteamericanos es norma en la mayoría de los países extranjeros. Como consecuencia de esto, los norteamericanos entablan en muchas ocasiones una verdadera amistad con ministros y jefes de estado. Los norteamericanos confían y creen, con demasiada frecuencia, en pequeños grupos de extranjeros". Lo ocurrido en Laos ejemplifica el acierto de sus conclusiones. Un país pequeño —de gran valor estratégico en la "guerra fría"— con un millón y medio de habitantes, la mayoría anal-

fabetos y famélicos, acopia, durante el primer año de ayuda norteamericana, treinta y cinco millones de dólares, asignados, por consejo diplomático, no a la construcción de los hospitales y escuelas que urgentemente necesita, sino a la formación de un ejército propio. Al finalizar el año, del ejército laosiano no hay un fusil: ni siquiera hay un soldado. Pero en la destartada capital, Vientiane, apenas abastecida de agua corriente y luz eléctrica, se han abierto cabarets y despachos de bebidas caras, a los que asisten los más conspicuos líderes de la oligarquía laosiana, flamantes poseedores de automóviles norteamericanos de último modelo. Algunos años más tarde, tal política daba sus frutos: después de recibir más ayuda económica **per cápita** que cualquier otro país del mundo, Laos tiene, finalmente, un ejército, aunque malísimamente organizado y pertrechado para oponerse, en las zonas selváticas y pantanosas que constituyen su territorio, a las guerrillas comunistas, día a día triunfantes; el resentimiento popular contra los norteamericanos es enorme y determina, tras crisis políticas de progresiva violencia, el ingreso del tambaleante gobierno al campo neutralista, nombre eufemístico con que se autodesigna el conjunto de naciones originalmente unidas a occidente, cuya política exterior se asocia en el escindido ámbito de las relaciones internacionales, a la política comunista.

La inepticia periodística complementa la inepticia diplomática. El periodismo norteamericano, a más de su sensacionalismo y comercialización estridentes, tiene una falla estructural, responsable directa de la indiferencia y la ignorancia de la opinión pública con respecto a los problemas mundiales. Los eventos políticos y deportivos locales, las notas de sociedad, las historietas cómicas y las secciones de entretenimientos, tienen en todos los diarios norteamericanos —salvo contadas excepciones— primacía aplastante sobre la información de países extranjeros. Son, en proporción a su número total, muy pocos los diarios de Estados Unidos con corresponsales en el exterior: las noticias manan principalmente de los servicios telegráficos nacionales, atendidos por representantes tan deficientemente informados como los representantes diplomáticos. La organización monopolista de estos servicios impone que sean favorables al orden capitalista la selección e interpretación de las noticias, a menudo sometidas a procesos distorsivos adicionales, ora por corrupción —informantes y reporteros a sueldo de dictadores o grupos oligárquicos beneficiarios de la ayuda norteamericana— ora por la consabida ignorancia: entre los múltiples episodios reveladores de las dimensiones de ésta, Lederer reseña uno, reciente, que podría simbolizarlos a todos: la falsa "invasión" comunista de Laos. Anunciada con grandes titulares de prensa, la "invasión" suscitó adustas declaraciones presidenciales, el aprestamiento para el combate de la fuerza aérea y la flota de Estados Unidos destacadas en Oriente y la consiguiente alarma de la entera opinión pública estadounidense, antes que se descubriera, al cabo de varios meses —gracias al esfuerzo de algunos periodistas idóneos—, que era una patraña del gobierno laosiano, empeñado en obtener mayor cantidad de dólares mediante la magnificación de sus crónicos conflictos con los guerrilleros locales.

La burocratización en aumento, de la vida institucional norteamericana, examinada desde distintos ángulos por James Burnham, Wright

Mills y Edich Fromm, acordes en señalar que las posibilidades democráticas disminuyen y se denaturalizan a medida que la clase de los funcionarios-directores prepondera en la conducción del país, preocupa asimismo a Lederer, agudo analista de jerarcas administrativos. Entre los hábitos burocráticos que critica, figura el de sustraer al conocimiento del pueblo norteamericano, documentos y sucesos vitales para su destino, con el simple expediente de clasificarlos como "secretos" o "muy secretos". Según estadísticas oficiales, más de un millón de funcionarios federales pueden adjudicar a hechos y noticias, esos denominaciones, lesivas de una de las prescripciones esenciales de la democracia: la publicidad de los proyectos, de los problemas y de los actos del gobierno. "El burócrata se ha convertido en una persona sagrada por decisión propia", dice Lederer. Y añade: "El problema está en que los ciudadanos no pueden renunciar a su **derecho a saber** ya que podemos pisar el desagradable umbral del totalitarismo". Observación sagaz. El totalitarismo, "mal du siècle", el mal de este siglo, no sólo se manifiesta en las estructuras burocráticas dictatoriales de Rusia, China y sus países satélites, no sólo es reconocible en las tiranías de signo conservador —régimenes de Chiang Kai Shek, Franco, Salazar— que las potencias occidentales protegen por bajas y contraproducentes razones de estrategia política; también asecha en el seno mismo de la sociedad abierta y una de sus formas de expresarse es la tendencia —en Estados Unidos encarnada por poderosos burócratas y capitalistas— a retacear y manipular la información que el ciudadano medio de una república necesita para orientar su participación individual en los problemas atinentes a su comunidad, con inteligencia y autonomía de juicio, y mantener así la plena vigencia de las posibilidades democráticas.

* * *

La extraordinaria acogida popular dispensada a las denuncias y exhortaciones de "El Americano Feo" y "Una Nación de Borregos", convertidos en "bestsellers" a poco de su aparición, indica que ni el capitalismo ni la burocracia han podido embotar el espíritu democrático de muchos norteamericanos. Ese espíritu no puede afrontar impávido los continuos reveses que en la "guerra fría" el totalitarismo infiere a su país, aprovechando la torpeza y la ignorancia que afectan a su política exterior y a las fuentes informativas de su opinión pública. ¿Logrará el espíritu libertario y democrático prevalecer sobre las estructuras capitalistas y burocráticas de la sociedad norteamericana? He aquí uno de los dilemas cardinales de nuestro tiempo y cuyo desenlace no atañe únicamente a los norteamericanos: incumbe, por desianio de la circunstancia histórica, a la ciudadanía democrática mundial. Libros como los de Lederer y Burdick, contribuyen a que la disyuntiva se resuelva, gradual y firmemente, en favor de la libertad.

El amigo olvidado

Por C. E. Haller

¿Tendrá algún sentido el tiempo que se invierte en las escuelas primarias argentinas para tratar de despertar en los futuros ciudadanos el amor al árbol? Es un detalle generalmente olvidado, como tantos otros de la etapa previa a nuestro ingreso en la plena responsabilidad, pero lo cierto es que existe: hay (o hubo en épocas pedagógicamente "superadas") una fecha en el calendario escolar, dedicada al árbol. La maestra relataba, con ánimo sincero pero casi nunca con la verosimilitud que sólo puede dar una vivencia al respecto, el ejemplo aquél de "no cortes un árbol sin plantar dos en su lugar", y traía a colación el nombre de Sarmiento como una manera sintética de mencionar a los pocos argentinos y a los muchos gringos que se acordaron alguna vez de fomentar el árbol entre nosotros. Los chicos leían una lectura edificante sobre el tema y dibujaban un árbol (uno solo, un solitario árbol de laboratorio) en sus cuadernos, y luego se olvidaban del asunto.

Su olvido no es culpable; por lo menos, no lo es tanto como el de toda una comunidad que lleva a esos chicos en su regazo y los cría en la indiferencia total y aun a veces en el odio por la naturaleza. Sólo así se explica la costumbre de algunos propietarios suburbanos, consistente en cercar con espinoso alambrado de púa los jardincillos, que amorosamente cultivan en los espacios de tierra de la acera correspondiente a su casa: costumbre algo bárbara y edilmente punible, pero aun desproporcionada, por defecto, con el afán destructor de nuestros promisorios jóvenes y niños.

La defensa del árbol, así, en abstracto, como así también la de toda la fauna y flora que podría conferir caracteres de plenitud vital a nuestra desolada pampa, parece una postura por demás quiotesca en un medio humano que precisamente aprendió a vivir en la carencia casi absoluta de ellos. No nos extraña ver llorar a un europeo ante el espectáculo de un bosque en llamas, como lo hemos visto no hace mucho durante los incendios forestales en nuestro sureño Neuquén: ese hombre se había criado entre bosques, ligado a sus juegos infantiles, su amor de adolescente, sus caminatas meditativas de hombre maduro, a una circunstancia donde el árbol era el mediador más cabal entre el hombre y el misterio del mundo. Nosotros no lloraríamos

por algo así. Tampoco es pretensión de nadie que lo hagamos. Simplemente se querría ayudar: ayudar para que en nuestra tierra el árbol abstracto desaparezca de los sermones colegiales y se implante en su lugar, con el vigor y el encendido entusiasmo que sólo puede surgir de una vivencia directa, la gran pasión por el árbol de madera y savia (faltó poco para que dijéramos: "de carne y hueso").

Y no se trata tampoco del árbol solitario. No es al ombú gauchesco al que en alarde patrioterico queremos reivindicar. Ni al pobre árbol de ciudad, alineado a lo largo de las casas, apretado entre masas de cemento y propicio en cualquier instante a la embestida del automóvil desbocado. Su apología ya tendría ribetes de escarnio y mofa, siendo como es él, hasta ahora, el único mensajero de verdor entre ese bosque petrificado que lo ahoga y nos deshumaniza.

EL ARBOL-PUEBLO

Querriamos ver una realidad que superara al árbol atomizado; querriamos ver la proliferación del árbol hecho pueblo: del bosque. De esto se trata.

Aquí no podemos bucear en las aguas del tema "planificación urbana". Sobre él se ha escrito mucho, por gente que conocía bien el problema, y se han visto algunas buenas realizaciones que quedaron, la mayor parte de ellas, desgraciadamente sobre el papel. Llevarlas a la práctica hubiera requerido, por parte de los organismos gubernamentales, disponer de un poder social que sólo un sistema abiertamente autoritario puede permitirse. Y aun estos sistemas han debido, en la mayoría de los casos y por diversas circunstancias, posponer la aplicación de una reforma urbanística integral. Lo que de estos proyectos debemos retener para el tema que nos ocupa, es la considerable, la enorme importancia que se le ha acordado al restablecimiento de vínculos mucho más directos que los actuales, entre el hombre y los reinos de la naturaleza, el reino vegetal primordialmente.

Mientras soñamos a la espera de las soluciones planificadas para nuestros diversos tipos de ciudad, hagámonos una pregunta y quizá adelantemos un poco: ¿por qué nuestras ciudades, tanto las grandes como las

pequeñas, muestran esa irremediable fíz de chatura y a la vez de encierro que las hace tan monótonas, tan asfixiantes? No cabe duda de que, con lo dicho, entramos en el espinoso terreno de las preferencias personales. Siempre habrá gente para quienes su ciudad, la ciudad en que han nacido o vivido años decisivos de sus existencias, es la más hermosa. No es este criterio el que podemos aplicar aquí, y precisamente en razón de su falta de objetividad. Por otra parte, la gente que ama a su ciudad por argumentos del corazón no la amaría menos si fuese más bella. La ama, en efecto, a pesar de su fealdad.

La pregunta expresada en el párrafo anterior tiene varias respuestas, todas ellas necesarias pero ninguna suficiente. Unos dirán que la falta de belleza proviene del trazado rectilíneo de las calles; otros, que del estilo plano de la edificación, o de la horizontalidad sin variaciones del terreno, o de la escasa luz natural, o de la carencia de vegetación, y así sucesivamente. Un francés, un italiano, un alemán u holandés, en suma: un europeo, emplearía todos estos argumentos conjuntamente, porque en la mayor parte de Europa es tan profusa la cantidad de poblaciones, ciudades y áreas que reúnen simultáneamente las cualidades opuestas a las mencionadas, que hacen olvidar la existencia —allá también, ¡cómo no!— de alguna que otra macrópolis deshumanizante, de uno que otro villorrio adocenado.

Descontadas estas excepciones, que son ínfimas, el "habitat" del europeo es mucho más pintoresco que el del hombre americano en general, siendo que éste dispone a su favor de climas mucho más templados. Podríamos decir que el paisaje natural de Europa le enseñó al hombre a guardar proporciones, intuitivamente aprendidas, entre los centros de población y los campos y bosques. Y aquí reaparece en toda su plenitud el tema del árbol, no ya el árbol débil y solitario, sino multiplicado decenas de miles de veces por sí mismo, formando con su acocorada textura boscosa una parte no pequeña del alma de todo europeo auténtico. Las palabras "bois", "forest", "forêt", "Wald", etc., contienen en sus respectivos idiomas una resonancia sentimental muy semejante a la de las palabras "hogar", "familia".

No son estas resonancias las que artificialmente quisiéramos cultivar entre nosotros, como tarea inmediata, ya que se trata de un fenómeno originario en vivencias largamente, lentamente absorbidas. Lo que sí quisiéramos es difundir la creación de bosques, pero no como meros sitios de atracción turística, sino como lugares que se acercan a la habitación del hombre, que

se aproximan a las ciudades y se introducen en ellas sin fragmentarse en árboles solitarios ni helados temas de calendario escolar.

Aparte de sus benéficos resultados climatológicos y antierosivos, el bosque adquiere influencia directa sobre el hombre mismo, sobre su cuerpo, su alma y su espíritu. Pero para ello tiene que ser frecuentado, y para que lo sea, es preciso que se encuentre en las cercanías de los centros de población.

¿Qué hacen el obrero y el intelectual de nuestras ciudades, una vez finalizadas las horas que dedican a ganarse el sustento? Aparte de que en las condiciones económicas actuales muchos trabajadores deben exceder en variable medida las ocho horas de labor ya teóricamente conquistadas, a veces con sangre, a fines del siglo pasado, es aún enorme la cantidad de gente que a la salida de la oficina o de la fábrica marchan directamente a sitios de pasatiempo, totalmente privados de aire puro. ¡Qué espectáculo distinto el que ofrecen muchas poblaciones del viejo mundo, hechas más a la medida del hombre, y en cuyo ejido municipal reinan con sempiterno verdor los bosques comunales, frecuentados por muchos cientos de pobladores que cada día, a la salida del trabajo, van allí a aspirar el perfume de los pinos y a añiñar el alma con el jugueteo de las ardillas retozonas!

LA "VUELTA A LA NATURALEZA"

La voz de los bosques habla siempre al hombre el lenguaje de la libertad y de la belleza. Están allí como modelos las altas copas con vocación de cielo, los vocingleros pájaros, los ciervos de pezuña ágil y otras muchas criaturas que invitan al hombre a amar la vida. Y no sólo a amarla, sino a reflexionar acerca de ella y de sí propio con la profundidad que le suiere una atmósfera de matizado silencio. Quien piense que argumentaciones de este tipo no son para hombres modernos, viendo en ellas sólo la resurrección de una rancia sensibilidad rousseauiana proclive a la "vuelta a la naturaleza", no cala lo suficientemente hondo la necesidad perentoria, no de hoy sino de todos los tiempos, de reclamar para el ser humano la oportunidad del equilibrio entre el trabajo y el ocio sano.

En el siglo tecnificado que corre, la sana sensibilidad del hombre se ha ido destruyendo por el impacto de un alrededor ambiente cargado de opresiones realimentarias, estímulos artificiales, temores sueridos y separaciones antinaturales. Ni la psiquiatría ni la revolución llegarán a tiempo para lograr —suponiendo que se lo pro-

pongan— el reintegro del ser humano a una plenitud de vida ya olvidada tras largas décadas de civilización industrial.

Y si de "reconstruir" al hombre se trata, poco será lo que haremos en tal sentido con sólo rodearlo de bosque. Lejos de ser una panacea, dicho remedio constituiría tan sólo un estímulo, uno de los múltiples puntos de apoyo en que deberá asentarse el ser humano desarraigado para volver a encontrar su vinculación con el todo universal.

Pero por algún sitio —por muchos sitios a la vez— hay que empezar.

¿Cómo hacerlo y quiénes lo harán?

CUANDO, COMO Y CON QUIEN

Veamos: Ante todo, es preciso averiguar la ubicación y límites de los ejidos comunales pertenecientes a los centros poblados de nuestro país. Si ellos se encuentran en poder del estado provincial, hay que reclamarlos del mismo o encarar la campaña de forestación directamente en dicha sede.

Después se deberá promover una campaña de sensibilización para lograr que el gobierno comunal o provincial cedan parte de los terrenos fiscales (en especial modo los que existan en el cinturón aledaño de las poblaciones) para los fines que se propugnan en estas líneas. Campaña de penetración cultural dirigida a los hombres que disponen del poder, ya sea por medio de solicitudes colectivas, conversaciones directas, presión de intereses o resistencia a disposiciones administrativas.

Lograda la afectación de tierras al fin que se pretende, sería de gran efecto —ahora sí— llevar a los niños de las escuelas a plantar cada uno un arbolito del futuro bosque. Los cuidados que exigen las plantas en su juventud deberán ser prestados, asimismo, por estos niños, o por agrupaciones de "boys-scouts", o por grupos de pobladores en sus horas libres, todos ellos asesorados convenientemente por especialistas en agronomía y forestación.

Incluso es saludable traer a la memoria de los planificadores de "reformas agrarias" (ya vengan éstas dictadas desde arriba o impuestas desde el llano), este importante capítulo de la forestación, no prevista hasta ahora, sino por muy pocos de ellos. Esta concesión sería quizá la más importante que tendría que exigir el hombre de la ciudad al campesino, cuando sus respectivos papeles los obliguen a negociar directamente entre sí las bases de la nueva economía.

CONSERVACION DEL PAISAJE: UN PROBLEMA DE CULTURA

Una vez formado el bosque, puesta en pie la soberbia cascada de verdor y trinos que tanto trabajo costó erigir, habrá que cuidarlo con toda la dedicación que una tal obra de amor exige.

Lo fundamental de este cuidado deberá estar, una vez más, en el corazón del hombre mismo.

Cuando vemos no sólo a nuestros jóvenes y niños, sino también a los adultos, cómo se comportan con los escasos árboles que hoy habitan los parques de cualquier ciudad, se nos viene el alma a los pies pensando que jamás podrán sentir amor por esos preciados dones de la naturaleza y del esfuerzo humano. Y, sin embargo, paulatinamente la convivencia con el árbol les irá enseñando ese respeto por la naturaleza que no es otra cosa que una variante del respeto al prójimo. ¿Qué policía, si no es la de la propia conciencia, podrá impedirles cortar ramas, encender fuego, matar animales y ocasionar otras depredaciones?

Con todo y el afecto que en Europa manifiestan hacia los árboles, no falta allí una eficiente fiscalización sobre los procedimientos de algunos descarrados (que siempre los hay). Dicha vigilancia es ejercida por el "guardabosque", empleado estatal con funciones técnico-forestales y policiales, quien al término de un concienzudo estudio, recibe su título profesional y una plaza, con vivienda incluida, en alguno de los centenares de bosques que pueban aquel continente. Al "guardabosque" le compete la selección de los árboles que, por viejos o por enfermos, deben ser talados; la prevención y extinción de incendios; la reforestación; la lucha contra las plagas; la represión de intentos destructivos por parte de los visitantes, como así animales —ciervos, pájaros, etc.— que no encuentran qué comer a causa de la nieve.

Día vendrá, si la acción por el árbol fuese emprendida en escala comunal y regional, en que cada población grande o pequeña tendrá a su alcance un hermoso bosque donde los hombres podrán respirar a pulmón batiente y mirarán surgir la vida en forma de mástil verdecido, del seno de la tierra. En ese lugar, que es a la vez limitante y liberador, recuperarán en parte su perdido contacto con la energía que alimenta al universo, y hallarán más sentido a sus existencias hoy desprovistas de ideales.

Será al mismo tiempo, el bosque, una escuela de meditación y de libertad, de biología y de carácter. Y todo lo que se haga por el árbol será hecho también por el hombre, para la próxima generación y las futuras que sepan continuar tal obra.

Las ideas sociales de Augusto Strindberg

Por Agustín Souchy

El poeta y dramaturgo Strindberg falleció en Estocolmo el 14 de mayo de 1912. La celebración del cincuentenario correspondiente dio lugar en Suecia a numerosas ceremonias conmemorativas.

Los teatros repusieron sus obras, las que fueron retransmitidas por la radio y la televisión. Diarios y revistas publicaron largos extractos y comentarios sobre las mismas. En las escuelas, en las universidades y demás centros de cultura se le otorgó con ese motivo un lugar de honor.

En numerosos trabajos acerca de ese escritor nórdico se le considera como uno de los precursores del impresionismo y del drama psicológico. Lo que se omite de señalar es la posición de Strindberg ante los problemas económicos y sociales y sus relaciones con el movimiento social-revolucionario, que en esa época se hallaba precisamente en un período de gestación y de agitación.

Pero un escritor sueco, Sven-Gustav Edqvist, acaba de publicar un libro, cuyo título evocativo es el siguiente, traducido al español: "El enemigo de la sociedad. Un estudio sobre el anarquismo de Strindberg, hijo de una sirvienta".

En este testimonio de 450 páginas, rico en documentación obtenida de diversas fuentes, con más de mil anotaciones y de ilustraciones del pensamiento de Strindberg en general y de su anarquismo en particular. Edqvist ha dado pruebas de una vasta erudición.

El libro despertó en Suecia un enorme interés. Las ideas sociales de Strindberg aparecen, ciertamente, en todas sus creaciones poéticas con notable relieve. Tenía reputación de herético. Nada estaba al abrigo de sus golpes de garra. No había tabú alguno para su agresividad literaria cuando atacaba los prejuicios de diversa índole y enfrentaba las instituciones, colocándose sin vacilar al lado de quienes, en los últimos años del siglo pasado, habían creído poder transformar al mundo. Todo eso era conocido. Pero nadie había osado aún calificarlo de anarquista.

Sven-Gustav Edqvist tuvo esa audacia. Y para establecer su tesis, desmenuza cuidadosamente las obras de teatro, los cuentos, los artículos y las citas susceptibles de guiarlo hacia el pensamiento anarquista del poeta e investiga las relaciones que pudo haber tenido Strindberg en el extranjero con los representantes del movimiento social revolucionario.

Hay en el anarquismo distintas escuelas y tendencias. Son notorias las diferencias existentes entre el anarquismo colectivista, el comunista, individualista o religioso. El autor estima necesario realizar un examen panorámico antes de clasificar a Strindberg en una tendencia determinada. Las definiciones de Edqvist son en ese sentido bastante pobres. No llega ahí a la altura de su objetivo. Es éste el punto débil del libro, que no deía por eso de ser una obra valiosa.

Después de exponer las ideas de Proudhon y las de Bakunin en el primer capítulo, el autor reserva a Strindberg un lugar junto a Bakunin, colocando al anarquismo sobre el mismo plano que el nihilismo. Al

hacerlo, invoca a Strindberg, que a menudo identifica a ambos movimientos. Hay, sin embargo, una considerable diferencia. El nihilismo, que comenzó con el renunciamiento a la riqueza y a la vida fácil y se convirtió en un movimiento social revolucionario que pretendía lograr sus fines por el terror y la violencia, es de esencia rusa. La ideología anarquista, independientemente de Bakunin y de Kropotkin, es de esencia europea-occidental.

En Strindberg encontramos tendencias, tanto hacia el nihilismo como hacia el anarquismo. Esta doble inclinación no expresa la actitud íntima de un teólogo ni debe ser considerada como el ideal de un militante. Strindberg era, frente al socialismo, lo mismo que en literatura, el revolucionario no conformista, que a semejanza a Ibsen en el dominio del verbo, hacía tabla rasa, pero que, sin embargo, no quería renunciar a su confort burgués. Presionado por la incertidumbre interior, saltando de una posición a otra, el inquieto y caprichoso Strindberg decía de sí mismo que él era "una curiosa mezcla del más profundo pesimismo y de una oscura ligereza de concepción de la vida". Semejante personalidad es difícil de clasificar. Por eso debemos cuidarnos de considerarlo como discípulo de determinada filosofía social. No cabe duda que en sus razonamientos Strindberg estaba próximo de la ideología anarquista, pero sería exagerado calificarlo como anarquista.

Es, por lo demás, un caso semejante al de Bertrand Russell, quien después de la primera guerra mundial publicó un libro donde, bajo la influencia del socialismo de las guildas, entre todas las teorías sociales, daba preferencia al anarcosindicalismo. Más tarde se alejó de ese punto de vista y los anarcosindicalistas difícilmente podrían reivindicarlo como uno de los suyos.

Augusto Strindberg, de quien Thomas Mann decía que "como poeta, pensador, profesor y campeón de un nuevo orden, iba demasiado lejos como para que su obra pudiera ejercer influencia ponderable", no tenía nada de sistemático, ni de creador de una teoría social. Sensible, entusiasta como todos los genios, reaccionaba espontánea y vehementemente contra las injusticias sociales y era partidario de una solución radical de los problemas que éstas planteaban.

Durante su permanencia en Ginebra, a principios de 1880, fue lector asiduo y entusiasta del periódico "Le Révolté", fundado por Pedro Kropotkin. De esa época datan sus obras sobre temas sociales y es indiscutiblemente cierto que se advierte en ellas la influencia de la ideología anarquista.

Admirador igualmente de Juan Jacobo Rousseau, Strindberg se forjó además un ideal que Edqvist califica de "anarquismo rousseauiano". Para hacer destacar el parentesco espiritual de Strindberg con Bakunin, Edqvist inserta en su libro las fotografías de aquéllos, una al lado de otra, junto con citas características de ambos. De Bakunin cita la célebre frase: "El espíritu de destrucción es al mismo tiempo un espíritu creador" y de Strindberg, un poema sobre la conflagración revolucionaria del mundo: "Un incendio pasa sobre el mundo, que consume todo lo que debe ser quemado, que separa el oro del barro y respeta lo que debe vivir". El autor quiere probar así que Strindberg, lo mismo que Bakunin, quiere destruir la sociedad existente, a fin de poder establecer otra nueva en su lugar.

Con idéntica intención Edqvist publica asimismo una carta que Strindberg, a los 30 años de edad, escribe desde París, en 1879, a un amigo de Suecia, donde entre otras cosas dice: "Yo no quiero recoser a la sociedad con parches nuevos, lo que quiero es la anarquía".

En este esquema revolucionario de destrucción y de construcción, se adaptaba también, y fue aceptada después por Strindberg, la doctrina marxista del aniquilamiento del sistema capitalista, dentro del proceso de los antagonismos económicos, acelerado por una revolución social y seguida de la expropiación de los expropiadores, tesis a la cual adhería asimismo Bakunin.

Las ideas social revolucionarias de Strindberg, se manifiestan igualmente en su "Pequeño catecismo para la clase desheredada", publicado a principios de 1885. A la pregunta "¿Qué es la sociedad?", da esta respuesta sarcástica: "Un hallazgo de la clase privilegiada para mantener a la clase desheredada en servidumbre". Y para terminar, llama a la clase desheredada ¡a suprimir a la clase privilegiada! Lo cual no le impide algo más tarde reconocer el sufragio universal como un medio de la democracia.

La creencia de Strindberg en una revolución destructiva, al igual que su radicalismo cultural literario, es una reacción interior frente a circunstancias exteriores. Pero su fe destructiva tenía el complemento de un ideal positivo. Tres de sus obras atestiguan su esperanza en un porvenir socialista. En un libro titulado "Nacionalidad y nacionalismo sueco. Cosmopolitismo y federalismo", se vuelve contra el centralismo del poder del Estado, se manifiesta partidario de la autonomía de las comunas y de las provincias y preconiza una federación de comunidades independientes en lugar del Estado centralista. Compartía la idea del poeta noruego Björnson, quien profetizaba entonces una gran Sociedad de Naciones formada por "arupos espirituales de nacionalistas y una infinidad de pequeñas asociaciones comunitarias".

Los otros dos libros a que nos referimos son utopías. Uno se titula "La isla de los bienaventurados" y el otro "Reconstrucción". Ambos fueron concebidos entre 1883 y 1885, durante su permanencia en Suiza y en Francia. En el primero presenta una comunidad de prisioneros liberados, embarcados en Suecia con destino a América. Naufragan y logran arribar a una isla de los trópicos, donde fundan una sociedad sin clases, sin leyes, sin coacción. El idilio soñado es perfecto. Todos los habitantes de la isla son hermanos y hermanas. La paz y la concordia son soberanas.

La trama de "Reconstrucción" se desarrolla en Suiza. La vieja democracia aldeana con sus derechos y terrenos comunales le sirven de guía práctica, y los emigrados rusos, particularmente los discípulos de Lavrov y Bakunin, que se benefician del derecho de asilo en Suiza, la procuran la correspondiente atmósfera espiritual. La historia describe una organización social que se apoya en las experiencias cooperativas prácticas de Robert Owen, al mismo tiempo que sobre los elementos del ideal de los falansterios de Fourier.

Aun sintiéndose íntimamente ligado al movimiento social de su época, Strindberg no perteneció jamás a partido alguno. En carta dirigida a un amigo, escribe "que no podría soportar ninguna disciplina y que no tardaría en romper...". Otra carta, dirigida a un amigo de Suecia,

en 1883, ilustra mejor aún su estado de espíritu: "De acuerdo con todo lo que veo, el porvenir pertenece al anarquismo y no al socialismo. Nadie admite plegarse a un sistema que reduciría su libertad. Creo que debemos esperar estallidos que no pueden conducir sino a la destrucción total del orden social occidental. Pero en ese caso el Este nos invadiría, con o sin déspotas".

Lo que Strindberg calificaba de socialismo, lo llamaríamos hoy comunismo.

El temor que expresaba Strindberg parece convertirse en realidad, con un sentido distinto del que presumía el poeta.

Sea cual fuere la opinión que se tenga sobre las ideas sociales de Strindberg, hay algo que es indiscutible. Su concepción del socialismo no implicaba una disminución, sino la ampliación de las libertades, la democratización más plena del Estado y no el refuerzo de la dictadura. Una gran autonomía para las comunas y una cada vez mayor esfera de libertad para el individuo.

Strindberg no contaba con las clases privilegiadas, de las que estuvo apartado durante toda su vida, mientras que los desheredados veían en él un precursor de la supresión de las diferencias de clase. Con motivo de cumplir su sexagésimo aniversario, millares de trabajadores realizaron en Estocolmo un desfile de antorchas, como testimonio de admiración y homenaje al "hijo de una sirvienta". Y si Suecia se encuentra hoy en la vanguardia de la democracia social, ofreciendo un ejemplo de la disminución progresiva de las diferencias de clase, es indudable que Augusto Strindberg, con sus obras, contribuyó en apreciable medida a tal proceso.

Garmisch-Partenkirchen (Alemania Occidental), agosto de 1962.

Noviembre de 1936: Epopeya de Madrid frente al fascismo*

Por Eduardo de Guzmán

Amanece el día 7 de noviembre. El enemigo tomó ayer Carabanchel Alto y Campamento. Los obuses caen como una lluvia sobre los barrios de Segovia y Toledo. Nadie ha dormido esta noche. La aviación voló repetidas veces dejando caer toneladas de trilita. La radio habló sin descanso transmitiendo órdenes y consignas. Como el 19 de julio, ningún trabajador ha ido esta noche a su casa. En los domicilios de los sindicatos, formando grandes corros a la puerta, tumbados en el suelo, en las escaleras, en los portales, millares y millares de hombres, que esperan la orden de partir hacia el frente.

Durante todo el día anterior se han sucedido las llamadas tajantes:

—Metalúrgicos, en el local del sindicato a las siete de la tarde...

—Uso y vestido, a las ocho...

—Gráficos, de guardia permanente en los talleres...

—Gastronómicos, a las cinco...

Todos los sindicatos han llamado a sus hombres. Todos los han puesto en pie de guerra. Todas las pistolas están prestas a dispararse. Todos buscan un lugar en los parapetos.

Defensa, organiza y prepara la lucha. Tiene millares y millares de hombres a su disposición. Los tiene en los sindicatos y en los ateneos de barriada. Está en pie todo el movimiento libertario. Frío, sereno, sin que la gravedad del trance conmueva uno de sus músculos. Val ordena:

—Valle Hermoso: doscientos hombres, con lo que tengan, al Paseo de Rosales...

—Puente de Toledo: que suba toda la gente hacia Carabanchel. Tirar sobre el que se vuelva...

—Controles: que no salga nadie con fu-

siles ni pistolas de Madrid. Recoger todas las que podáis. Hay millares de compañeros esperando armas...

La organización en pleno responde como un solo hombre. Con fusiles, con rifles, con pistolas, con bombas, millares de trabajadores corren a su puesto. Por las calles de Segovia y Toledo, entre el estruendo de la batalla cercana, se cruzan dos ríos humanos. Hacia el Manzanares bajan los luchadores que van a levantar, con sus corazones, el dique que rompa la oleada fascista. De los puentes suben, aplastadas bajo el peso de los míseros ajueres, las mujeres y los niños de las barriadas que huyen frente al azote de la invasión...

La defensa de Madrid está en manos de los trabajadores exclusivamente. El gobierno camina hacia Valencia. En el Ministerio de la Guerra no ha quedado nadie en su puesto. Miaja ha recibido una orden y unas atribuciones, pero aún no sabe con quién cuenta ni qué puede hacer. Está dispuesto a morir en su puesto; pero hasta mañana no podrá hacer absolutamente nada. Y mañana, será demasiado tarde...

En Carabanchel Bajo, en Usera, en la carretera de Extremadura y en la Casa de Campo está lo más vivo y firme del proletariado madrileño. Se lucha con rabia, con energía, con desesperación. Se muere con un viva a la revolución en los labios. Grupos de moros, que han cruzado el río, tratan de trepar por la montaña del Príncipe Pío en dirección a Rosales. Allí están unos cuantos guardias y unos centenares de trabajadores, varios militantes anarquistas, "Nobruzán" entre ellos. No hay armas para todos. No hay municiones para los fusiles de que se dispone. Cuando un hombre cae, otro surge de entre las sombras

* Del libro "Madrid Rojo y Negro", en el que en prosa vibrante y estremecedora, el periodista Eduardo de Guzmán —que fue director del diario "Castilla Libre"— describe, como testigo y protagonista, la casi inverosímil crónica de la épica defensa de Madrid contra los furiosos y repetidos ataques fascistas. Las páginas fragmentadas que reproducimos marcan algunos momentos álgidos de la gesta de aquel trágico mes de noviembre de 1936. Días después a los que ocupan el relato, llegaría con sus hombres a la heroica capital de España, Buenaventura Durruti, quien, después de jornadas indescriptibles de coraje dignas de su legendaria vida de militante y luchador libertario, habría de perderla el 18 del mismo mes junto al pueblo que supo mostrar al mundo una grandexa que quizá no tenga par en la historia.

A los 26 años de aquel noviembre glorioso del Madrid invicto, Reconstruir honra su "Calendario" con el homenaje a sus héroes y a sus mártires...

armado con su pistola. Cuando los moros ceden momentáneamente en su embestida, unos obreros saltan los parapetos, buscan los cadáveres enemigos, les quitan el fusil y las municiones. Con fusiles y municiones fascistas se defiende Rosales durante toda la noche. Con las uñas y los dientes se defiende Madrid...

En Usera hay unas trincheras improvisadas y unos parapetos de adoquines. En Carabanchel lo mismo. Igual en la carretera de Extremadura. No sirven para ocultar un hombre, para defenderlo de las balas enemigas, para ponerlo a salvo. Son más un obstáculo que una defensa. Pero detrás de ellos, como en las casas, como en las calles, hay millares y millares de hombres decididos a luchar y morir. Durante toda la noche el combate es durísimo. Por vez primera la caballería mora es barrida en masa. Por vez primera los legionarios hambrientos de botín sienten el terror y el pánico. En las barriadas de Madrid no hay ejércitos aguerridos. Pero están, firmes en sus puestos, muriendo y matando, los hombres de los sindicatos.

Ningún general dirige la batalla. Si a cualquiera de los pocos militares que han quedado en Guerra se le pregunta quien sostiene el combate, no sabrá responder. Defendiendo Madrid hay unas columnas destrozadas, desmoralizadas por los repliegues, sin elementos y sin decisión. No pueden ser ellas quienes impidan que la morisma se adueñe hoy de la ciudad. Sólo los sindicatos podrán responder a la pregunta. Sólo los sindicatos, los ateneos, las barriadas, saben de dónde han salido estos millares de héroes. Sólo un hombre, Eduardo Val, tiene en sus manos durante toda la noche, los hilos de la defensa de Madrid...

En la calle de Serrano, en un hotelito que fue de un marqués monárquico, suenan sin cesar los teléfonos, entran y salen autos y motos, sin tregua ni descanso. Un grupo de hombres se multiplica, corre de aquí para allá, ordena, marcha. Isabelo, Salgado, Barcia, Inestal, Gil, Antonio Rodríguez, Ortega, Juan Torres, Santamaría son en esta hora el Estado Mayor único de nuestra resistencia. Llevan varios días sin dormir. No han comido en toda la jornada. Han pronunciado cincuenta arengas y disparado trescientos tiros. Están aquí, ahora; dentro de media hora ocuparán un parapeto en Carabanchel; la madrugada les sorprenderá disparando sus rifles en el barrio de Usera. Están donde deben estar, donde el enemigo aprieta, donde la moral afloja. Están, como toda la organización confederal, en el sitio de máximo peligro...

Amanece el día 7. La lucha continúa dramática. Hacia los barrios amenazados

parten sin cesar nuevos grupos de obreros. Van en su mayoría sin armas, esperando recoger las que abandonarán los muertos. Como en julio, la gente se disputa los fusiles y los puestos de mayor peligro. En los parapetos, en las casas transformadas en fortines, los trabajadores disparan sin cesar. Cada disparo es una expresión de la voluntad de un pueblo.

—¡No pasarán!

Vuela la aviación, avanzan los tanques, truenan la artillería. El combate adquiere violencia inusitada. En Carabanchel, unos grupos retroceden. El enemigo ha roto nuestras líneas. Avanza hasta cerca del Puente de Toledo. Llegan entonces unos compañeros. A su frente, Isabel Romero y Juan Torres. Gritan:

—¡Cobardes! ¡Cabrones!

Algunos avergonzados, se paran. Otros, presa de pánico, quieren seguir. Las pistolas apuntan a sus cabezas. Tienen que volverse. Se colocan en el puente, en los parapetos, varios compañeros con la orden de no dejar huir a nadie. Isabelo, subido en una ventana, grita:

—¡Vamos por ellos, compañeros! ¡Adelante! ¡Viva la C.N.T.!

Isabelo es secretario del Comité Regional. Isabelo está en los parapetos como todos nuestros hombres. Los que huían parecen otros. Siguen detrás de Isabelo y Torres. Es un alud contra el que se rompe el avance fascista. Grupos de moros quedan tumbados en mitad de la calle. Los nuestros corren hacia arriba en su persecución. Avanzando, se pasa Mataderos, se llega a Carabanchel Bajo. El enemigo no pasará por aquí.

Como no pasará por Usera. Ni por Villaverde. Ni por la carretera de Extremadura. Madrid entero se ha puesto de pie.

En Burgos, en Valladolid, en Salamanca, el júbilo es enorme. Nadie duda de que Madrid caerá. Lo dice Franco:

—Entraremos en Madrid sin disparar un tiro...

Mola confirma la frase del "generalísimo":

—La toma de Madrid será un simple paseo militar...

Los técnicos extranjeros lo creen también. En París, en Roma, en Berlín y Londres los periódicos fascistas preparan los gruesos titulares que dirán al mundo el triunfo de la facción.

En Leganés, bajo la presidencia de Varelano, se reúne el futuro Ayuntamiento de Madrid. En Móstoles se agrupan las caravanas que traen personalidades fascistas para presenciar la entrada. Franco viste de fiesta a sus civilones, a sus terciarios, a sus requetés. Los moros ríen olfateando la car-

ne fresca de las mujeres madrileñas...

Franco, alegre y jactancioso, habla con unos periodistas extranjeros:

—Tenemos Madrid entre nuestras manos. Dominamos todas las alturas. No hay defensa posible. Si conocieran la técnica militar ni siquiera intentarían una resistencia inútil...

Los obreros de Madrid se ríen de la técnica. Están decididos a triunfar. Con fusiles, con pistolas, con escopetas, con bombas de mano, corren a los parapetos. Se dejan matar sin dar un paso atrás. Pero el fascismo no pasará...

En Albarracín hay tres mil hombres de la organización. Son luchadores curtidos en Somosierra y Gredos. Son batallones que llevan nombres gloriosos: "Mora", "Ferrer", "Orobón Fernández", "Juvenil Libertario". A su cabeza, hombres de temple acerado: Cipriano Mera, Carlos y Eusebio Sanz, Valle, Arenas, Domínguez, Román...

El día 7 llegan malas noticias de Madrid. Mera reúne a los hombres y les habla:

—Madrid está en peligro. Tenemos que ir a salvarlo. Que nadie se haga ilusiones. Vamos a morir. Los que quieran venir, que den un paso al frente.

Los tres mil hombres, sin vacilar, avanzan. Mera sonríe complacido. No esperaba otra cosa. Habla, sin embargo, para advertir:

—No podemos ir todos dejando este frente abandonado. Con dos mil basta. El resto puede quedarse aquí...

Nadie quiere quedarse. Cuesta enorme trabajo convencerles. Al fin, sin retrasos, dos mil hombres —pañuelos rojinegros, gritos revolucionarios en la garganta, anhelos de batalla en el corazón— parten rumbo a la muerte y la gloria de la defensa de Madrid...

En la mañana del día 8 lanza Franco sus huestes a la conquista de Madrid. Es el día fijado. Es la fecha en que descubrirán los arcos triunfales y el "generalísimo" será aclamado por su gran victoria. Todo está bien organizado. Todo está bien dispuesto. Es imposible que falle ni una sola parte del plan trazado...

El ataque, comienza al clarear el día. En línea, las mejores fuerzas de la invasión. Delante, los tanques. En el aire, bandadas de negros pajarracos. Los cañones preparan el camino con un fuego intenso. Carabanchel Bajo, Usera, el Puente de Segovia, los barrios extremos de Madrid se ven envueltos en metralla y fuego. Un poco más lejos, en las alturas de Leganés y Móstoles, se forma la comitiva triunfal para la entrada en Madrid...

Pero, cerrando el paso al invasor, hay hombres decididos a morir. Ni la aviación

ni la artillería logra que nadie dé un solo paso atrás. Hombres de todos los partidos y tendencias se han juramentado para morir en sus puestos. Nada ni nadie les arrancará de los parapetos, de las casuchas, de los ribazos donde se defiende la independencia de España y la libertad del proletariado...

Los fascistas confían en los tanques. Frente a ellos, incapaces de aplastarlos, huyeron hasta ahora los milicianos. Pero la situación ha variado. Ha variado porque ya nadie piensa más que en vencer o morir. Franco coloca en vanguardia los tanques. Han de abrir camino, por las tres carreteras de Toledo, Leganés y Extremadura, hacia el corazón de la ciudad invicta. Y los tanques avanzan convencidos de que nadie podrá cerrarles el paso...

Están ya frente a una trinchera, disparando sus ametralladoras. De pronto, de la trinchera salta un marino. Es joven, alto, fuerte. Las ametralladoras le siluetean, pero él se ha tirado rápido al suelo. Los conductores de tanques creen haberlo alcanzado. Avanzan. Cuando uno está cerca, el marino se incorpora, levanta el brazo y una bomba viene a explotar sobre el carro blindado. El monstruo se estremece en convulsiones agónicas y queda roto, inmóvil sobre uno de sus costados. Los otros tanques avanzan. El marino les espera tumbado en el suelo. Cuando se acercan, repite la operación. Cuatro quedan destrozados en las cercanías de la trinchera. Los otros retroceden asustados.

La noticia corre a lo largo de las trincheras leales. Un marino, Antonio Coll, ha encontrado la manera de contener el avance de los tanques. Los monstruos no son invencibles. Un poco de serenidad, algo de llegar a las trincheras. (Antonio Coll de valor y el carro quedará tumbado antes morirá dentro de unos días, en este mismo sitio, luchando contra los tanques. ¡No importa! Ha demostrado que se puede luchar con los tanques. Tendrá muchos imitadores. Será, en definitiva, uno de los grandes héroes de la defensa de Madrid).

En Carabanchel se pelea con dureza enorme durante toda la mañana. Terciarios y rifeños, civilones y requetés pretenden abrirse paso a toda costa hacia el interior de Madrid. Pero en Carabanchel, cubriendo casi por entero la distancia que media entre las carreteras de Toledo y Extremadura, está la columna "España Libre". Tuvieron que esperar muchas semanas hasta conseguir las armas. Ahora que las tienen, será muy difícil arrebatárselas. Cada hombre es un león en la pelea. Están pegados al suelo, guarecidos en las casas, disparando sin cesar los fusiles y las ametralladoras. Saben manejar las bombas de mano. Cuando

el enemigo se acerca, cuando se dispone al asalto de cualquier edificio, las granadas estallan abriendo enormes boquetes en sus filas...

Por la calle de General Ricardos bajan ahora, haciendo fuego, con sus ametralladoras, dos tanques fascistas. Por la calle de General Ricardos sube, disparando también, un tanque leal. Más arriba de Mataderos, cerca de Carabanchel Bajo, chocan con estrépito los tres monstruos. Es un combate breve y violento, con rechinar de cadenas y descargas de ametralladoras. Los hombres de "España Libre" saltan los parapetos, esquivando las balas para intervenir con sus bombas en la pelea. Es tarde ya para salvar nuestro tanque, destrozado al destrozar a uno de los enemigos. No lo es para inutilizar al restante. Las bombas le convencen de la inutilidad de la resistencia. Tiene rota una de las cadenas. Está inmóvil y copado. El teniente que lo manda se entrega. En su poder se encuentran documentos que han de tener importancia decisiva en la defensa de Madrid...

* * *

A las diez de la mañana se ha puesto en marcha la comitiva que ha de asistir a la entrada de Franco en la Puerta del Sol. Según todos los planes, Madrid tiene que haber caído para esa hora. Bajan tranquilamente desde Leganés, montados en sus coches. El ruido de los motores les impide escuchar el estruendo de la batalla cercana. Cuando se dan cuenta, las balas agujerean los autos, caen cuatro o cinco de la comitiva, huyen los demás a la desbandada, convencidos de que la entrada ha sufrido un pequeño retroceso...

La columna "España Libre" está al mando del compañero Ramos. Ramos era maestro antes de la revolución. Ramos empuñó decidido el fusil cuando en la calle sonaron las primeras descargas. Después ha combatido en muchos frentes, se ha jugado la vida frente a la invasión. En Carabanchel, Ramos pelea en los parapetos más avanzados, animando a sus hombres, enseñándoles con el ejemplo. Al caer la tarde, luego de una dura preparación artillera, el enemigo vuelve al ataque. En vanguardia un grupo de tanques. Ramos grita a sus compañeros:

—Cuando estén cerca saltaré la trinchera. ¡Vais a ver cómo vuelan!

El primer tanque está a treinta metros ya. Arrastrándose por el suelo, el comandante Ramos se acerca. Un millar de hombres sigue con emoción enorme, sin respirar casi, su heroica empresa. Cuando está próximo, Ramos se incorpora, una bomba cruza el espacio, una explosión aturde los oídos y el tanque se inclina pesadamente sobre uno de sus costados.

Pero al mismo tiempo que Ramos, el tanque ha tirado también con sus ametralladoras. Nueve balazos traspasaron su cuerpo. Cayó pesadamente junto al monstruo fascista. Electrizados por su ejemplo, los hombres saltan las trincheras, avanzan sobre los tanques, persiguiéndolos con sus bombas de mano. Los tanques huyen a la desbandada. Ramos está muerto. Madrid, salvado...

* * *

(El espíritu de Madrid, de su pueblo, de sus trabajadores, de su juventud está reflejado en el manifiesto que lanzó a comienzos de 1937 la Federación de Juventudes Libertarias de la capital española):

"Madrid atraviesa su crisis definitiva. La más formidable tormenta está descargando furiosa sus rayos sobre nuestro suelo. Miles de engañados mercenarios de Alemania e Italia, fauna salvaje del Africa y toda la briba del crimen internacional se estrellan contra los muros infranqueables que forman los pechos de sus heroicos defensores. Nada ha conseguido hasta hoy el poder formidable del fascismo europeo. A pesar de la ruina que siembran sus aviones, a pesar de los escombros que provocan sus obuses, a pesar de la tormenta desencadenada en sus inesperados ataques, Madrid sigue en pie, invencible, heroico, sereno, dispuesto a resistir y a atacar hasta enterrar el fascismo. Ni el número ni el armamento, ni las oleadas de asaltantes, ni la muerte, le hacen ceder un paso. Es inútil el intento faccioso actual, como lo fueron los anteriores, como lo serán los futuros. No pasarán, no pasarán, no harí de pasar. Madrid fue, es y será nuestro. Jamás lo hallarán las plantas bestiales del fascismo nacional y extranjero. ¡Firmes, madrileños heroicos! ¡Clavad vuestros pies y aferraos al suelo que defendéis! ¡Si es preciso, caed, si es preciso sabed morir como saben morir los héroes y como mueren los mártires! ¡Artilleros, caed al pie de vuestros cañones! ¡Infantes, sucumbid de cara al enemigo, brillando al cielo vuestras ballonetas desnudas! ¡Dinamiteros, saltad hechos pedazos ante el estruendo de vuestras bombas y de vuestra dimanita! ¡Caed raudos y veloces desplomándoos como águilas sobre los cuervos de la traición, negra como el crimen de la noche! ¡Madrid abnegado, Madrid heroico! ¡Resiste firme en tu vanguardia y en tu retaguardia los últimos y terribles coletazos de la fiera! ¡Aprieta y contrae tus músculos, enciende tu espíritu con la llama que abrazó el corazón de los héroes del 2 de mayo! ¡Resiste y ataca, que la victoria se acerca, que la victoria está próxima!"

FRANQUEO PAGADO Concesión N°	CORREO ARGENTINO SUCURSAL N° 26
TARIFA REDUCIDA Concesión N°	

precio del
ejemplar:
m\$ n. 20.-